LA EDAD HEROICA

POR

LUIS DE ZULUETA

CUARTA EDICIÓN

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE II

VOL. 8

Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

INSTITUTO DE BACHILLERATO "CERVANTES" - BIBLIOTECA

31-ZUL

ZUL
PB
12.bis
1

R.12.202

INSTITUTO NACIONAL DE 2.ª ENSEÑANZA * MADRID

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LA EDAD HEROICA

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

F. A. 134
INSTITUTO DE BACHILLERATO
BIBLIOTECA
"CERVANTES"

LA EDAD HEROICA

POR

LUIS DE ZULUETA

BIBLIOTECA
INSTITUTO NACIONAL DE ENSEÑANZA MEDIA CERVANTES - MADRID

CUARTA EDICIÓN

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES
SERIE II.—VOL. 8
MADRID
1916

RECUERDO DE LA RESIDENCIA

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Madrid: Imp. de Fortanet, Libertad, 29.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LA EDAD HEROICA

TRES CONFERENCIAS
DEDICADAS A LOS JÓVENES

POR

LUIS DE ZULUETA

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ESTAS TRES CONFERENCIAS FUERON PRONUNCIADAS LOS DÍAS 16, 23 Y 30 DE NOVIEMBRE DE 1915, EN LA SALA DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

I

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

"LO BELLO ES DIFICIL,,

DESDE el primer momento, señores, me pareció tan atractiva como difícil la tarea de estas conferencias. Nada más agradable que hablar familiarmente, como en íntima conversación, ante un grupo de jóvenes estudiosos, sobre cosas que a todos por igual nos interesan para nuestra cultura general y para una vida noblemente humana.

Pero confieso sin afectación ninguna de falsa modestia, que temo haberme comprometido a un empeño para el que mis fuerzas no alcanzan. Es relativamen-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

te fácil desenvolver un tema cualquiera que se conozca bien y se haya previamente preparado. Mas cuando no se va a tratar de ningún punto especial y concreto, sino que se aspira, de una manera general, a elevar el corazón de los jóvenes, es entonces muy difícil hablar, sin perderse en ociosas vaguedades, de nuestros grandes deberes, de nuestros grandes ideales, de esas cosas que parece que de nada valen en la vida, y sin las cuales es la vida misma la que carecería de valor.

Hay también otro peligro, otro riesgo: el de adoptar, sin quererlo, sin sospecharlo siquiera, aquella posición mental del dómine, del moralista, del pedagogo; la cual suele provocar en los jóvenes una cierta reacción de disgusto y quizá de rebeldía, por los motivos que expone en su hermoso trabajo nuestro buen amigo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Federico de Onís [1], y también porque a veces, tal vez nos proponemos, errando el camino, dar a la juventud una dirección que no le conviene, y que ella, con instinto vital certero, rechaza obstinadamente presintiendo que ahogaría en germen sus mejores disposiciones y esperanzas.

Confío, sin embargo, no sólo en la benevolencia vuestra que, siendo tan sincera, habrá de establecer entre nosotros una especie de tácita colaboración, sino, de otra parte, en que voy a colocarme en un punto de vista diametralmente opuesto al que suele tomarse en estos casos.

[1] *Disciplina y Rebeldía,* por Federico de Onís.—Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Madrid.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

NO FRENO, SINO ESTIMULOS SUPERIORES

POR lo común, los educadores, los padres y maestros, creen que hay en la juventud un exceso, un sobrante de energía y de vitalidad que se manifiesta en formas explosivas, peligrosas, a veces francamente reprobables, porque son contrarias a las conveniencias del individuo y a los fines de la sociedad. Y, observando esto, procuran entonces reprimir, contener, enfrenar (enfrenar suele ser la palabra empleada), esa energía excesiva, sin darse cuenta de que, por el contrario, debería ser intensificada y ele-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vada a un plano superior, en el cual se desbordase en manifestaciones más nobles y más puras.

Nunca, a mi juicio, se peca por sobra de energía; siempre por falta de energía verdadera. El mismo lenguaje corriente dice que el que obra mal comete un *exceso*, porque así parece; pero de él afirma que tiene una *falta*, que tiene un *defecto*.

No deben combatirse los males moralmente directamente, como si algo fuera preciso suprimir, sino indirectamente [1], suscitando impulsos mejores, «ahogando el mal en la abundancia del bien».

[1] V. SPINOZA: *Ética, parte IV. Proposición 63. Escolio:* «Los supersticiosos, más dispuestos a reprochar a los demás sus defectos que a enseñarles las virtudes, y que se preocupan menos de dirigir a los hombres por la razón que de contenerlos por el temor, haciéndoles huir el mal pero no amar la virtud, no se proponen otro fin que convertir a los demás en seres tan miserables como ellos mismos, y no es de extrañar que, por lo común,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Los vicios no se aniquilan, se superan. Por eso creo poco en la eficacia de las campañas sociales que, en sentido negativo, prohibitivo, se emprenden contra determinados vicios y males, contra el duelo, contra el juego, contra la pornografía o la prostitución, contra el alcoholismo y las corridas de toros; porque éstas son manifestaciones, bajas y torcidas, sí, pero manifestaciones de un impulso vital que no debe ser destruído, sino transformado y anegado en un ambiente de vitalidad superior.

Es preciso hacer sentir a los jóvenes que, con todo su bullicio, con todas sus algaradas estudiantiles, viven, en gene-

resulten molestos y odiosos.»—*Corolario:* «El deseo que nace de la razón nos lleva a seguir directamente el bien y a huir indirectamente el mal.»

William James, en una de sus Conferencias a los maestros, desarrolló desde el punto de vista psicológico el mismo principio, recomendando la «inhibición por sustitución» con preferencia a la «inhibición por represión».

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ral, una vida pobre, triste, obscura, sin emociones intensas, ajena a los grandes anhelos del mundo. Estudiantes hay en cuyo horizonte mental apenas encontraríamos otra cosa que la sórdida casa de huéspedes; el café o el billar, con el ambiente lleno de humo de tabaco y de chistes repetidos; la clase a que se asiste rutinariamente para no perder el curso. ¿Qué más? Tal cual retazo de ramplona literatura, el periódico grosero o algún harapo de música chavacana, el cuplé del día, que durará todo el año, repitiéndose centenares, miles de veces, hasta la idiotez. ¿Qué más? Acaso la silueta de una muchacha cualquiera, la vecina, aventura de tarjeta postal, para que no falte la caricatura de un amor en esta caricatura de una vida. ¡Y eso en la edad de la vida verdadera y del verdadero amor!

(c) Instituto Cervantes de Madrid

No necesitan freno estos jóvenes, sino estímulos superiores que les sacudan de la modorra en que viven, abriéndoles todos los horizontes del espíritu. Sus mismas caídas, sus pobres caídas, «que hasta en el pecar hay pobreza», no provienen en el fondo más que de la falta de un ideal mayor a que consagrar su actividad. No piensan nada, no quieren nada. ¿Qué hacen de la vida? Su vida está vacía en los años en que la vida humana no sólo debe ser plenitud, sino amplificación y sobreabundancia.

No olvidemos lo que significa la juventud. En la juventud es perdido el día en que no se descubre un nuevo horizonte. Es perdido el día en que no se anhela un mundo nuevo.

Necesitan esos jóvenes que se les despierte el interés en todos sentidos: interés por el arte, interés por la ciencia, in-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

terés por los problemas sociales, interés por los viajes y por el trato con personas de valer intelectual o moral, hasta interés por los juegos viriles y las alegrías sanas, que son la corona del esfuerzo. Nuestros jóvenes estudian poco, trabajan poco, pero también juegan poco; no sienten lo bastante el agrio placer del ejercicio al aire libre y a pleno sol, que da fortaleza al cuerpo y equilibrio y serenidad al alma.

Es ésta la edad de oro de la vida humana. Quizás diríamos mejor la edad de hierro, la edad de los mayores esfuerzos y de las conquistas espirituales decisivas. Esta es la edad heroica. No podéis ser sordos a ningún llamamiento al heroísmo. No os contentéis con cumplir de una manera mediocre, vulgar, los deberes más próximos e inmediatos. Los tiempos exigen más; los tiempos son de prueba; pi-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

den hombres de temple heroico. En el fondo de cada corazón hay un héroe dormido. Acaso el héroe que la patria necesita. A vosotros os toca despertarlo, suscitarlo... No nos contentemos nunca, no estemos satisfechos de nosotros mismos. Pidamos más, más, siempre más, porque siempre en el mundo hay más. ¡Hay tantas cosas que no conocemos, que quizá ni siquiera sospechamos! ¡Tantas emociones que no hemos sentido! ¡Tantas posibilidades que no hemos realizado! Todos los días, al abrir los ojos, deberíamos repetir como una plegaria matinal aquellos versos del Rig Veda:

¡Hay tantas auroras que no han brillado to-
[davía!...
¡Haz que las veamos, oh Varuna!

(c) Instituto Cervantes de Madrid

PLAN DE ESTAS CONFERENCIAS

PERO temo que tal vez todo esto os parezca demasiado vago, demasiado teórico. Desearíais acaso que concretara un poco más, señalando los caminos por los cuales puede ejercitarse esta acción heroica de la juventud.

Vamos analizando, pues, los aspectos esenciales del espíritu, y por consiguiente, las principales direcciones en que habrá de desenvolverse. No ignoráis que comúnmente se admiten en el alma tres modalidades: conocer, sentir y querer; son como las tres dimensiones de la con-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ciencia. Claro está que en ningún hecho psicológico se da una sola, aislada; como tampoco en la naturaleza se da nunca, sola, una de las tres dimensiones. Mas cualquiera de ellas puede predominar de tal suerte, que un cuerpo físico o un estado de conciencia, quede por aquella caracterizado.

Preguntemos, por lo tanto, cuáles son los grandes deberes y los grandes ideales que, ya en la esfera del conocimiento, ya en la del sentimiento, ya en la de la voluntad, se imponen preferentemente a la juventud de nuestros días.

Trataremos primero en esta serie de conferencias, del conocimiento, de la ciencia, de los estudios, cosas que a vosotros más especialmente os interesan. Diremos luego algunas palabras acerca del sentimiento en general, y más particularmente de los sentimientos estéticos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y de los sentimientos amorosos, dos ramas de un mismo árbol, la belleza; ramas gemelas cuyas flores están llamadas a poetizar toda la vida. Y, en fin, hablaremos de la voluntad, de los deberes, la moralidad: el bien, en suma, que con la belleza y la verdad constituyen los tres ideales supremos, constelación luminosa hacia la que tenemos que levantar constantemente los ojos en las angustias y las miserias de la vida cotidiana.

Después que hayamos de este modo descompuesto el espíritu en sus diferentes fases, lo integraremos de nuevo, hablando del hombre en conjunto, del ideal total, del sentido general de la vida, de la religiosidad, en una palabra; la cual, si bien tal vez no tiene un campo que le sea propio y exclusivo, al modo del arte, la ciencia o la moral es como una claridad celeste que flota sobre todas las demás

(c) Instituto Cervantes de Madrid

esferas, transfigurándolas con un nuevo resplandor.

Consideraremos, además, que el ser humano no está solo, vive en la sociedad, se forma por y para la sociedad. No somos Robinsones llamados a cultivar aisladamente el islote perdido de nuestro espíritu. Hablaremos de los vínculos sociales, y en especial del más fuerte, del más importante de todos, la Patria; terminando con algunas consideraciones breves sobre esta España nuestra que tanto necesitará de todos, que tanto espera de vosotros los jóvenes, sobre todo en los tiempos difíciles y decisivos que sin duda vendrán cuando pase esta espantosa catástrofe que ahora se está desencadenando sobre el mundo, como para hacernos sentir a los hombres todo el abismo de nuestra maldad o acaso tan sólo de nuestra miseria y nuestra desventura.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

He aquí, en grandes líneas, el esquema de estas tres conferencias, el sumario de lo que vamos a ir tratando y desenvolviendo si vosotros me ayudáis con vuestra benévola atención.

LA CIENCIA ES ÁRIDA...[1]

Casi deploro empezar por la ciencia, teniendo que hablar de los libros, las clases, los profesores. Yo quisiera que estas conferencias fueran un descanso del espíritu, y a nadie le gusta, por lo común, recrearse con aquello a que está ya consagrado profesionalmente. Me temo que

[1] *Mephistopheles:* «Grau, teurer Freund, ist alle Theorie...» Goethe: *Faust. I.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sintáis una cierta decepción. Íbamos a hablar del heroísmo. ¡Heroísmo!... La palabra suena a ruido de armaduras y a versos del Romancero... Todas esas excitaciones heroicas ¿vendrán a parar, prosaicamente, al estudio de la lección número tantos del programa?

No estoy tan lejos aún de mis años de estudiante que no pueda recordar perfectamente lo que entonces pensaba y lo que entonces sentía. ¡Cuántas veces sufrí ese doloroso contraste entre los anhelos del alma joven, y las nomenclaturas, las clasificaciones y definiciones que se nos obliga a aprender!

Siempre recuerdo a este propósito aquellos versos del *Fausto*, en que Mefistófeles hace una crítica escéptica y burlona, de los estudios. Disfrazado con la hopalanda y el gorro doctoral de Fausto, recibe a un pobre estudiante que en-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tra lleno de timidez y buena voluntad. Y, entre otras cosas, le dice éstas, que leeré en la traducción castellana de Teodoro Llorente, bastante fiel en ese pasaje:

Después de esto, en repetidas
lecciones dificultosas,
aprenderéis que las cosas
más fáciles y sabidas,
cual comer o respirar,
con minucioso interés
por uno, por dos y tres
se tienen que analizar.
El telar del pensamiento
es como el del tejedor:
hilos de vario color
pone un golpe en movimiento;
viene y va la lanzadera
con extraña rapidez,
y se ejecuta a la vez
la combinación entera.
El sabio, lleno de sí,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

llega, y en lección no breve,
prueba que es y que ser debe
necesariamente así.
Esto, primero; después
eso, segundo, va en pos;
y a seguida de los dos
viene, en fin, lo que hace tres.
Y os demostrará profundo
con raciocinio severo,
que no puede haber tercero
sin primero y sin segundo.
Esto, con ansia y placer,
lo aprende el alumno presto;
lo que no aprende con esto
el alumno, es a tejer [1].

¡Lo que no aprende con esto el alumno es a tejer! Y tejer es decir pensar, sentir, vivir por cuenta propia, es preci-

[1] *Fausto*. Tragedia de J. W. Goethe, traducida en verso por Teodoro Llorente. Primera parte.—Barcelona, «Arte y Letras», 1882.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

INSTITUTO DE BACHILLERATO "CERVANTES" BIBLIOTECA

samente lo que que el alumno está deseando. Yo podría evocar muchos recuerdos de mi época de estudiante, que emparejarían perfectamente con estas amargas burlas de Mefistóles.

Conozco los desfiladeros de la vida estudiantil; sé lo que es cargar las sentinas de la memoria con toda suerte de bagajes. Podría aún repetir el *barbara, celarent, darii, ferio, baralipton*... hasta el final. Y aunque bien sé que las cosas van modificándose, que va entrando un aire renovador en las aulas, no nos hagamos demasiadas ilusiones. Se aprenden todavía no pocas listas y retahilas que no difieren, en el fondo, gran cosa de aquella vieja clave de los silogismos en la escolástica tradicional. ¡Hay cada *ferio* y cada *baralipton* agazapados bajo esas cátedras modernas!

Mefistofélicamente podría iros recor-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dando las horas pasadas con los codos sobre la mesa, aprendiendo, ¿qué os diré?, aprendiendo, por ejemplo, aquello de: «Shakespeare, genio de carácter abyecto, cuyas obras carecen de veracidad histórica y de moralidad». ¡Tuve que estudiarlo no hace muchos años para examinarme en la más gloriosa entre las Universidades españolas!

¿Qué más? Supe también que el oro nos seduce. ¿Sabéis por qué? Pues, poco más o menos, ya que cito de memoria, porque por su pureza nos hace pensar en la simplicidad del alma. ¡Y el mármol! El mármol en las construcciones es muy bello. ¿Por qué? Porque por su dureza nos recuerda la inmortalidad.

¿Recordaré la serie de las nueve bellas artes, gráfica, plástica, mímica, etc., hasta la arquitectura *cristiana*—la otra no cuenta—y la liturgia?

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Y asi llega Mayo, el mes de Mayo, del cielo azul y las nubes blancas. Y el estudiante, sentado junto a la ventana por donde entran esos efluvios tibios, perfumados, machaca su texto, lección primera, lección segunda, «amarrado al duro banco de una galera turquesca». Pasan los días... ¿Cómo olvidar aquella preocupación de la noche que precede al examen y aquel último hojear del libro, ya en los claustros mismos de la Universidad, mientras se saluda al catedrático que llega retrasado o se interroga al compañero que sale del examen y huye, aturdido, al corredor sin saber todavía dónde se encuentra? Mucho se ha escrito sobre estos sufrimientos estudiantiles, pequeños y grandes a la vez, pequeños porque son muy mezquinos, grandes porque cuestan la salud y algunas veces hasta la vida. ¡Cuántas tuberculosis se

(c) Instituto Cervantes de Madrid

habrán incubado en el mes de Mayo! Sin contar con que con frecuencia los periódicos nos dan noticia de suicidios estudiantiles acaecidos en ese tiempo.

CAMINO DE LA LUZ[1]

Creo que, después de lo dicho hasta aquí, tengo ya algún derecho a que creáis en mi sinceridad. Pues bien; no sería sincero, no mostraría todo mi pensamiento y toda mi alma, si no añadiese que los momentos mejores de mi vida los he pasado con un libro en la mano. ¡Y cuántos otros podrán decir lo mismo! ¡Ah! no hay nada más hermoso que el

[1] *Cosi n'andammo infino alla lumiera...* Dante: *Infierno*, iv, 103.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

aprender, que el saber, que el sentir cómo la razón ágil, segura de sí misma, va avanzando, ascendiendo, escalando cumbre tras cumbre y abarcando un horizonte cada vez mayor.

Claro está que a la par que aumenta la extensión del horizonte, crece también la línea de contacto con lo desconocido, con lo que hoy se ignora, con lo que acaso se ignore siempre. *Ignoramus et ignorabimus*. Pero ¿qué importa? Hay también un encanto misterioso en esta sensación de lo desconocido, pues la duda, como dice Dante, no es menos atractiva que la ciencia.

Che, non men che saver, dubbiar m'aggrata [1]

Estudiar, además, no quiere decir tan sólo aprender cosas: es ponerse en contacto con los espíritus superiores, con

[1] DANTE: *Infierno*, XI, 93.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los hombres que han pasado dejando un rastro de luz a través de la Historia.

Entrar en una biblioteca no es meterse en un antro polvoriento, albergue de polillas y eruditos; entrar en una biblioteca equivale a dialogar con Platón, a concurrir a la cátedra de Galileo en Padua, a sentarse con Goethe a la puerta de su casa de campo en aquel parque admirable a orillas del Ilm, en Weimar. Una biblioteca, permitidme el recuerdo de otros versos dantescos, es aquel prado de fresca verdura —*Giugnemmo in prato di fresca verdura*—, junto a un noble alcázar, cercado de siete altas murallas, en torno a las que corre un hermoso arroyuelo —*difeso intorno d'un bel fiumicello*—, donde están en el otro mundo, severas, ni alegres, ni tristes, las grandes sombras, las grandes almas de la antigüedad clásica. Allí hay gentes, dice el Dante, con ojos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tardos y graves, de gran autoridad en su semblante, hablan bajo, hablan despacio, con suaves voces.

Genti v'eran con occhi tardi e gravi
di grande autoritá ne'lor sembianti:
parlavan rado, con voci soavi [1].

Con suave voz hablan esos grandes hombres, desde las páginas de los libros, al alma preparada, al alma recogida, que sabe escucharles.

ESTUDIANTES Y ESTUDIOSOS

VEIS qué contraste entre aquel trabajo servil del pobre escolar que se aprende sus lecciones de memoria, y esta labor

DANTE: *Infierno*, IV.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

elevada, libertadora del espíritu? ¿Qué contraste entre el estudiante y el verdadero estudioso, entre aquella galera turquesca y ese prado de fresca verdura?

¿Cómo pasar de la una al otro? Ese es todo el problema.

Recordemos lo que al principo decíamos, tomando un punto de vista que habremos de mantener durante el curso de estas conferencias: los males provienen siempre no de un exceso de esfuerzo, sino de una falta de esfuerzo. Aplicándolo al caso concreto, observemos que los males, las penalidades del estudiante no nacen de que estudia mucho, sino de que estudia poco, de que se queda en lo exterior, en la superficie, en la letra de los textos y manuales, y no penetra en lo hondo de la seria labor científica. No disminuyen las dificultades e inconvenientes estudiando menos; ni saltando unas lecciones y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

DE BACHILLERATO
BIBLIOTECA "CERVANTES"

preparando otras alternadamente; ni reduciendo todavía más los compendios, súmulas y remedia-vagos; ni echando una ojeada sobre el mapa de España para ver dónde están los centros oficiales de más fácil embocadura, las líneas de menor resistencia.

Nada de eso; el remedio está en pasar de la corteza, en hincar allí los dientes para llegar poco a poco a la almendra interior, al germen vivo del trabajo científico, a la investigación de primera mano, a la lectura de los grandes autores, a la reflexión propia y el pensamiento original. Cuando una asignatura nos pese, no nos echemos atrás, porque nos pesaría más todavía; cuando una asignatura nos parezca intolerable, tratemos de profundizar en ella pensando que allí dentro, en aquello mismo que no nos gusta, que quizá no puede gustarnos tal como lo estu-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

diamos, hay algo que hoy despierta el interés de espíritus, los más elevados, quienes le sacrifican su tiempo, su fortuna, su salud, acaso su propia vida.

Sea la que sea la «asignatura», tiene que corresponder a una rama de la ciencia, por la que circulará la savia que vivifica el árbol entero. Culpa nuestra será si la consideramos aislada, seca, muerta. Culpa nuestra si nos quedamos a la entrada de la caverna en cuyo fondo, allá en lo oscuro, está la fuente de aguas puras y vivas que apagaría esa sed de conocimiento que todos llevamos en el alma. La «asignatura» no es más que el recipiente, la vasija: dentro, en lo hondo, está el agua que anhelamos, agua que, como la de la fuente de Amelés, no cabe en ningún vaso y rebosa de todas las ánforas.

Debe tomarse la «asignatura» sólo como un núcleo central alrededor del

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cual pueden hacerse estudios más amplios, lecturas de primera mano, investigaciones en bibliotecas y laboratorios. Para todo ello os servirá de mucho, sin duda, esta casa, donde encontraréis libros, elementos de trabajo, y lo que vale mucho más, un ambiente de espiritualidad, de recogimiento, de fraternal cordialidad.

Pero quizás alguien esté tentado a decirme: esto es pedir mucho; si no podemos con la «asignatura», con los estudios oficiales, ¿vamos todavía a intentar estos nuevos esfuerzos? No llegaremos nunca.

Pero, amigos míos, no se trata de llegar. La ciencia no es un punto de llegada, sino un punto de partida. La ciencia es un camino, y lo que hace falta es marchar por el camino, y no estar de espaldas al camino, como precisamente se ha-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

llan los que creen que la ciencia consiste en preparar un programa y aprenderse un texto. Si podemos poco, hagamos poco; si sólo una hora al día, que por lo menos sea una hora de serio trabajo científico, una hora dedicada a nuestro perfeccionamiento interior y a esa contribución colectiva, impersonal, con que se va construyendo la cultura.

No de estos estudios, sino de la superficialidad fácil de los semisabios y semieruditos, nace esa pedantería, esa vana suficiencia que tanto dificulta y tanto desacredita la labor intelectual. Poca ciencia, pensaba San Agustín, aleja de Dios; mucha, acerca a Él. Esa ciencia de que hablo, nunca será poca, porque será central, profunda, intensa, y aunque fuese escasa cuantitativamente, cualitativamente será la ciencia que acerca a Dios, porque purificando el corazón de todos los afectos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mezquinos y egoístas, no deja en él más que un solo amor, el amor insaciable de la verdad.

DIFICULTADES

No ignoro que, en este camino, tropezará el estudioso con muchas dificultades, nacidas, en parte, de la naturaleza de las cosas, y en parte, de la actual organización de la enseñanza en nuestro país.

Quizá cuando más consagrados estéis a un estudio serio, hondo, tendréis que interrumpirlo, precisamente para preparar el examen. Así como Fray Gerundio dejó los libros para meterse a predicador, más de uno tendrá que dejar los estudios para meterse a estudiante.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Profundizar en una rama cualquiera de la ciencia es cosa muy distinta del examinarse en la asignatura a que aquella misma rama corresponde. Los grandes cultivadores de una ciencia, quedarían suspensos si de pronto, sin preparación especial, se les obligase a sufrir el examen de la asignatura. Porque en éste les pedirían cosas que no les hicieron falta para el cultivo de la ciencia. ¡Y no hay que decir si para la ciencia necesitaron otras que no se piden en el examen!

Constituye el examinarse una técnica especial para la que se requieren ciertas condiciones intelectuales y morales, aunque muy subalternas, sobre todo las últimas.

La investigación científica no tiene nada que ver con el ganar nota. En la investigación, los instrumentos de trabajo tal vez más necesarios son los libros. En

(c) Instituto Cervantes de Madrid

el examen, los libros constituyen el contrabando más perseguïdo por las autoridades académicas. Si súbitamente en un examen se pusiera en manos de todos el libro de texto y cuantos quisieran, empezarían entonces a acusarse las diferencias de capacidad y de cultura; de la misma manera que con las herramientas en la mano se conoce en cada oficio a los buenos trabajadores.

Nada más triste que esta separación, esta disonancia entre el aprender de veras y el obtener un título. ¿No podría evitarse? ¿No podría adaptarse la ciencia al título o el título a la ciencia? Lo primero no, lo primero nunca. La ciencia es un fin, uno de los más altos fines de la vida humana. ¿Queréis rebajarla, empleándola como medio? No lo conseguiréis, porque lo que utilizáis, por el mero hecho de utilizarlo de ese modo, ya no es la cien-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cia, sino su sombra más o menos deformada.

¿Habría, en cambio, alguna manera de adaptar los títulos a la ciencia, de suerte que quien la cultivase aprobara sin otro esfuerzo sus cursos, y a quien buscase el reino de Dios y su justicia, el reino de Dios y su sabiduría, se le diera todo lo demás por añadidura? Los estudiosos, los humildes y entusiastas estudiosos, ¿no lograrían acabar con la clásica estudiantina?

LOS PROFESORES

SERÁ esto, por otra parte, más o menos realizable, según el criterio que tengan los profesores cuyas enseñanzas oficiales debáis seguir. Decía Goethe: «Es

(c) Instituto Cervantes de Madrid

más fácil hacer una corona que encontrarle una cabeza.» Pongamos en lugar de la corona el birrete del catedrático, y no habremos disminuído la dificultad.

Podríamos dividir en tres partes la totalidad de nuestro organismo docente. Un primer grupo, la cabeza, estaría formado por los verdaderos maestros, por aquéllos que nos llevan a pensar por cuenta propia, mostrándonos nuevos aspectos de la ciencia; es decir, modos nuevos de ver la realidad. El segundo grupo es el cuerpo, el cuerpo fornido de los claustros, la masa ingente del escalafón: lo constituyen los profesores que saben, que enseñan, que a veces trabajan personalmente en su especialidad, si bien algo desarticulados, por lo común, del movimiento científico del mundo. No influyen poderosamente en la inteligencia ni el en corazón de la juventud, pero comunican a sus alumnos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

una cierta suma muy apreciable de conocimientos concretos. Y, en fin, el tercer grupo, que, por fortuna, va menguando cada día, comprende algunos desventurados funcionarios de cuyos textos y explicaciones lo más piadoso que puede decirse es que obligan a perder miserablemente el tiempo.

Este último grupo es la cola. Pero el estudiante, como decía Gambetta refiriéndose a una fracción de su partido, «no puede cortarse la cola». Tiene que asistir a estas clases y examinarse a fin de curso. Triste es confesarlo. Sin embargo, es mucho más triste que ello suceda y que lo mejor de la juventud española tenga que perder pedazos de su tiempo, que son pedazos de su alma, reteniendo en la memoria a veces tomos enteros de extravagancias inútiles. Podría citar, sin esfuerzo ninguno, innumerables fragmentos dispa-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ratados que figuran en libros de texto. Pero no lo haré; no quiero sonrojaros ni sonrojarme yo mismo, tomando a broma lo que como patriotas debería obligarnos a bajar la cabeza. ¡Cuando ciertas cosas son aceptadas en la enseñanza superior, bien está con su analfabetismo la mitad de los españoles!

¿Qué hacer? A mi juicio, con estos profesores el estudiante debe limitar su trabajo servil a lo estrictamente preciso para aprobar el curso. Verá en ello un ejercicio útil de la voluntad y una disciplina para la vida, en la que no han de faltar después semejantes trabajos forzados; lo que no gane la inteligencia lo ganará el carácter.

Además, una vez que el estudiante esté convencido de que no se trata de una opinión suya caprichosa—¡mucho cuidado en esto!—, de un mero juicio individual,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sino de que la incompetencia del profesor es un hecho cierto, unánimemente reconocido por los hombres de ciencia, ¡ah!, entonces, ¿por qué no agotar todos los recursos lícitos y legales, incluso el de la opinión pública, en defensa de su derecho a recibir la enseñanza seria que necesita para su formación personal y para el servicio de su país?

Segundo grupo. La actitud, enteramente distinta. Con esos profesores, que son quizá la mayoría, procuremos estudiar sinceramente, sacando de sus lecciones cuanto bueno podamos, que acaso sea más de lo que al principio nos pareció.

Hagamos un ensayo leal, plegándonos dócilmente a su dirección. No nos apresuremos — os hablo por propia experiencia —, no nos apresuremos a juzgar con petulancia pueril, a profesores medianos quizás, pero de los cuales tenemos no

(c) Instituto Cervantes de Madrid

poco que aprender. Veamos, cuando menos, en la enseñanza oficial de la asignatura, el núcleo alrededor del cual pueden agruparse otros estudios, trabajos y cursos complementarios. Un profesor algo anticuado, por ejemplo, será una buena base para lecturas más modernas. Muy mala ha de ser una clase que no pueda servir de motivo para un estudio profundo de aquella especialidad científica.

Queda el primer grupo. Hablemos de él con respeto, con profunda emoción. Se trata de esos maestros sobre los cuales la juventud, sin ninguna reserva mental, puede proyectar una aureola de agradecimiento y de admiración. Cuando encontréis esos profesores, bendecid el día y la hora en que entrasteis en su clase. Procurad intimar con ellos, pedirles consejo y opinión, ayudarles, si fuera posible, en sus investigaciones. Nada, ni li-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bros, ni trabajos y reflexiones solitarias logrará suplir después esa relación viva con una personalidad superior en la que descubrimos aquellos valores humanos que, latentes también dentro de nosotros, podemos desenvolver y sacar a la luz en nuestro espíritu.

No quiero citar ningún nombre. Pero éntre cada cual en sí mismo, haga arqueo de sus bienes espirituales, muchos o pocos, y recuerde con íntima gratitud quién se los facilitó, de dónde los ha recibido; y acaso haya de decirse entonces: a esos profesores les debo más aún que a mis mismos padres; que padres, todos los tuvieron, pero maestros así, no todos los han tenido.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LOS AÑOS DECISIVOS

Son esos maestros quienes principalmente nos ayudarán a realizar aquel tránsito del estudiante al estudioso, del aprender rutinariamente a la verdadera labor científica. Para ese tránsito, son estos los años decisivos; éste es, para vosotros, el momento. Esta es la hora de enriquecer vuestra sensibilidad con toda clase de temas nobles y elevados, de fortificar vuestra voluntad para la lucha y para la victoria, de ensanchar vuestra inteligencia hasta elaborar poco a poco un concepto general de la vida y del mundo, que luego dé valor a todas vuestras acciones,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hasta a las más pequeñas de vuestras acciones.

Como el escultor se inclina sobre el bloque, encarémonos nosotros con nuestra propia personalidad. De ella haremos, en una cierta medida, lo que queramos. La perfectibilidad humana no tiene límites, o si los tiene, son tales que siempre estaremos seguros de hallaros lejos de ellos.

Y éste es el momento; ésta, la ocasión propicia. «Caminad mientras tenéis luz»... Larga es la tarea; breve el día. Aprovechemos la luz de estas horas juveniles. De vosotros principalmente depende. No olvidéis que la labor de los profesores es secundaria al lado de la que uno mismo tiene que realizar. Llegará, además, un punto en que habréis de decirles noblemente: Maestros y tutores, guías y consejeros, pienso en vosotros

(c) Instituto Cervantes de Madrid

con afectos de reconocimiento y de admiración. Pero, ahora, yo conmigo mismo.

Recuerdo a este propósito, y voy a terminar con ellas, las palabras de Brand al final del segundo acto del drama de Ibsen: «Joven, mira lo que haces»... «Mis exigencias son duras: lo pido todo o nada. Una vacilación, un punto de flaqueza, y habrás tirado tu vida al mar. No esperes concesión ninguna en las horas difíciles. Para el mal no habrá indulgencia. Y si la vida no es bastante, será preciso aceptar libremente la muerte»... «Escoge: aquí los caminos se separan.»

¡Aquí los caminos se separan! Ahora o nunca. Este es el momento favorable para hacerse uno mismo, para progresar, para ascender, para mejorar en cada punto, para sentir cómo cada día nos crece un poco el alma.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Es ahora. Antes, no. Antes vuestra formación dependía enteramente de los padres y directores, del medio social, del ambiente que os rodeaba. No colaborábais conscientemente a esta obra de vuestra propia personalidad. Después, tampoco podrá ser. Será demasiado tarde. Algo se puede siempre ganar en experiencia, en cultura, en medios de acción. Pero los trazos esenciales del carácter son como los pliegues de la cara que, una vez formados en la juventud, no se cambian jamás, sino que persisten y se acentúan toda la vida.

«En vano dirás: ¡vuela, vuela! a quien no tiene alas» [1]. Siempre es tiempo para volar; pero sólo en la mocedad puede el alma sentir el cosquilleo de las alas que le nacen.

Ahora o nunca. Hoy sois vosotros los

[1] Fichte.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dueños de vuestra vida. Mañana ya no; mañana, esa vida que ahora sentís fluir de vuestro corazón como un manantial, se irá concretando, solidificando, objetivando a vuestro alrededor en forma de compromisos, obligaciones, prejuicios, hábitos... y la vida se irá haciendo poco a poco la dueña de vosotros. Éste es el momento. Ahora o nunca. «Escoge: aquí los caminos se separan.»

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

II

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

PALABRAS PRELIMINARES

VAMOS a proseguir, señores, esta serie de conferencias dedicadas a la juventud.

Recordaréis que en la primera tratamos del error de muchos educadores, que creyendo ver en la juventud un exceso de energía, un exceso de vida, piensan que es preciso enfrenarlo; cuando por el contrario, decíamos haría falta aumentar, intensificar aún más esa vitalidad, elevarla a potencia, para que en un terreno superior se expresara en manifestaciones más puras y más verdaderamente humanas.

Hablábamos en contra de la educación

(c) Instituto Cervantes de Madrid

prohibitiva, restrictiva; queríamos abrir todos los horizontes a la juventud para que, llenando su corazón de cosas nobles y elevadas, ya no hubiera allí sitio para otras más bajas, más mezquinas, que habrían perdido entonces su atractivo y su interés.

Por este camino, pensando que era la juventud la edad heroica, tratábamos de despertar al héroe que duerme en el corazón de cada uno de nosotros, y que en los momentos decisivos de la vida, en las horas trágicas, si no se despierta, por lo menos se revuelve inquieto y, dormido, sueña; sueña con mundos imposibles y con hazañas irrealizables.

A ese tono heroico nos esforzábamos en poner la acción y la vida de la juventud. *Le ton fait la chanson.* La letra poco importa; cada uno de nosotros le pondrá la suya según sus preferencias in-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dividuales, según su doctrina o su partido. Pero aunque la letra sea distinta y aun opuesta, todos podemos sentirnos unidos y compenetrados en esa tonalidad superior, en esa tonalidad heroica.

Hablamos de los tres aspectos fundamentales del espíritu, y, por consiguiente, de las tres direcciones en que principalmente podía manifestarse: conocimiento, sentimiento, voluntad. Hubimos de referirnos, en especial, al conocimiento, a la ciencia y los estudios. Explicamos cómo es preciso pasar desde el trabajo servil del escolar que aprende de memoria sus lecciones, hasta la verdadera labor intelectual; no preocupándonos tanto de los resultados de la ciencia cuanto del proceso interior que cristaliza luego en estos resultados, es decir, del espíritu científico.

Hoy vamos a tratar del sentimiento, del

(c) Instituto Cervantes de Madrid

INSTITUTO DE BACHILLERATO — BIBLIOTECA "CERVANTES"

sentimiento en general, del placer y el dolor, de la simpatía, y muy especialmente de los sentimientos estéticos y de los sentimientos amorosos; dos órdenes de emociones tan esenciales en esa edad, tan propios de la juventud, que puede decirse que el alma que los conserva de una manera pura, goza de una juventud eterna.

EL SENTIMIENTO

DEL sentimiento es difícil hablar. ¿Qué es el sentimiento? ¡Quién lo sabe! Entramos, al estudiarlo, en la región más oscura y misteriosa; quizás por eso mismo en la zona más poética del espíritu.

Nótese que hasta el vulgo lo considera como algo inexplicable, indefinible: «Los

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sentimientos no se razonan», dice; «en el corazón nadie manda».

También los especialistas, los psicólogos difieren mucho entre sí, cuando del sentimiento se trata. Sabido es que en la psicología tradicional no se le concedía un lugar aparte, no era una de las facultades clásicas del alma. Todavía hay quien piensa que el sentimiento no tiene un valor propio, fundamental, primario; es como una resonancia, como un reflejo, de la representación o de la voluntad.

Tampoco falta quien se incline a creer que propiamente el sentimiento no existe, porque no existen en la conciencia más que dos lados: receptividad y acción; conocimiento y tendencia. El sentimiento sería entonces aquella fase confusa, caótica, indiferenciada, en donde están contenidos, de una parte, la representación, y de otra los deseos, las voliciones...

(c) Instituto Cervantes de Madrid

"MI CORAZÓN LO TENGO YO SOLO,,

PERO, sin entrar en estos problemas, que corresponden a los psicólogos, observaremos que lo que llamamos sentimiento se nos presenta como lo más propio, lo más nuestro, lo último y más íntimo de la conciencia, lo más característico de la individualidad. Cabe reducir a ciertas normas y principios generales, el pensamiento o la conducta; pero el sentimiento es casi irreductible: el sentimiento es lo que da una fisonomía propia, única, incomparable, a cada personalidad humana. «Lo que yo sé, decía Goethe, por

(c) Instituto Cervantes de Madrid

boca del joven Werther, lo que yo sé puede saberlo cualquiera; mi corazón es solo mío.» *Mein Herz habe ich allein.* «Mi corazón lo tengo yo solo.»

He aquí por qué es el sentimiento lo que más difícilmente cambia dentro de nosotros. De la personalidad entera decíamos, que una vez forjada en la juventud, apenas variaba. Pero en especial podríamos repetirlo ahora del sentimiento, que formado al calor de esos años primeros, ya perdura a través toda la vida.

Recordemos si no esas grandes crisis psicológicas en las que los creyentes ven el dedo de Dios, crisis que han quedado con el nombre de «conversiones» en la historia religiosa y aun en la historia entera del espíritu humano. Cualquier pecador, cualquier extraviado, puede encontrar, como San Pablo, su camino de Damasco; puede hallar, como San Agustín,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

su huerto de Milán. Parece que todo ha variado. El que era perseguidor de los cristianos, se convierte en brazo derecho del cristianismo; el que era maniqueo, es uno de los Padres de la Iglesia católica: borrarán con una vida de austeridad y de virtud los vicios y los errores de los años pasados.

Mas hay una cosa que perdura. El hombre nuevo y el hombre viejo son un mismo hombre; un hilo psíquico los une, aunque uno queme lo que el otro adoró y adore lo que el otro quemó. ¿Qué queda? El sentimiento. San Pablo, por ejemplo, fué el mismo hombre violento, impetuoso, pronto a la acción, lo mismo antes que después de pasar por aquel camino que lleva a Damasco a través de un desierto pedregoso y volcánico. Y San Agustín fué el mismo hombre, apasionado, sediento de saber, antes y después de caer llo-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

rando al suelo, bajo aquella higuera, contigua a su albergue milanés.

Mi corazón lo tengo yo solo; y después de modelado en la juventud, lo tengo para siempre. Ni siquiera crece y se perfecciona y fortifica como el pensar y el carácter. Algo se depuran los sentimientos. Pero ¡ay de aquel que en la juventud no se hace un corazón! Porque esa es la edad de acumular intensamente toda la riqueza de emoción y de ternura, de afecto y de pasiones, quizá sin mucha selección, quizá sin el orden debido, esto ya vendrá después, pero con anhelo infinito, llegando hasta la exaltación, hasta la angustia, y la congoja... Hay que poner en la juventud, a una presión de muchas atmósferas, el alma, porque el camino será largo y difícil, y de sobra vendrán el desengaño, la fatiga, el escepticismo, la cobardía propia y la defección de los demás.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

FORTALEZA

SENTIRÍA ser mal interpretado y que pareciera que defiendo una cierta sentimentalidad que mejor llamaríamos *sensiblería*, y constituye uno de los mayores peligros para la adolescencia. No soy de los que se imaginan la juventud — esta edad heroica—como una época blanda, serena, sonrisa constante, idilio empalagoso, que hace pensar en esas alegorías de la primavera, vestida de rosa y azul, rodeada de mariposas y pajaritos. Nada de eso. Los días de la primavera son días agitados, mudables, llenos de inquietudes, interrumpidos por tempestades brus-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cas e intensas. Así es la juventud: anhelante, turbulenta, ya ríe a carcajadas, ya sufre una crisis de lágrimas.

Fácil resulta, por lo demás, distinguir aquella sensiblería enfermiza, del sentimiento verdadero. El sentimiento es el motor, el resorte de la voluntad, es lo que nos lleva a manifestarnos en obras; en cambio, la sensiblería paraliza la voluntad, y llenando el alma de ensueños melancólicos, deja que se pierda en una agitación estéril, y se inutilice para la acción fecunda.

Creo que hace falta, por el contrario, una cierta severa austeridad en la educación del corazón. Sabido es que toda la riqueza de los sentimientos se basa en las sensaciones elementales de placer y dolor. Pues bien; contra el placer y el dolor es necesario endurecerse. En este sentido han hablado los principales peda-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gogos modernos: Endurecimiento contra el calor y el frío, contra el hambre, la sed y la fatiga, contra todas las molestias físicas y todas las contrariedades morales.

No quiere eso decir que por un espíritu excesivamente ascético, debamos privarnos de los placeres legítimos de la vida. Mas es preciso que nos convenzamos de que no hay en el mundo, de que no lo podría haber en ningún mundo, ni aun en la misma mesa de los dioses inmortales, un placer mayor que el que se encuentra en el áspero cumplimiento del deber.

No corramos ciegamente, sin interior dominio, detrás de cualquier goce frívolo que pase por delante de nuestros ojos. Seamos estoicos. «Cuando se arrojan al populacho, dice Epicteto, higos y avellanas, los niños se golpean por recogerlos,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pero los hombres no hacen de ello caso alguno. ¿Se distribuyen gobiernos de provicia? Son frutas para los muchachos. ¿Honores, consulados? Son, a mi ver, higos y avellanas. Si cae por casualidad una en mi túnica, la recibo, y la como. Esto es todo cuanto vale; pero no me bajaré para alcanzarla, ni menos atropellaré a mi prójimo.»

En este punto, los clásicos tenían un concepto más justo de la naturaleza humana. Sabían los antiguos que la felicidad posible en el mundo es interna, no exterior; que no depende de las cosas, sino de la opinión que de las cosas nos formamos. Y que es, por consiguiente, necesario que aprendamos a no desear desmedidamente el placer, a no temer excesivamente el dolor. En cambio, y lo hace notar un educador moderno [1], la ci-

[1] Paul Barth.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vilización actual, tomando otro camino, completamente equivocado, se esfuerza, por medio de la industria, de la técnica, de los refinamientos artísticos y las organizaciones sociales, en elevar hasta el último límite el placer, y disminuir hasta último límite el dolor. ¡Como si el dolor no hubiera de seguirnos perennemente, lo mismo que la sombra al cuerpo! ¡Como si, después de todo, hubiera goce alguno, ni suma de goces que pudieran llenar ese tonel sin fondo, como el que las Danaides, para su tormento, habían de colmar en el Tártaro, que se llama el corazón humano!

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LA SIMPATIA

SEAMOS, pues, estoicos; varonilmente duros con nosotros mismos, y guardemos las ternuras, las delicadezas y miramientos, para los demás, sobre todo para aquellos que, por más débiles y desgraciados, más especialmente las necesitan. Cultivemos nuestra simpatía, simpatía abierta hacia todos y hacia todo, hacia los hombres y hacia las cosas. Gocemos con los que gozan, suframos con los que sufren; de suerte que nuestro corazón vibre al compás de los corazones ajenos.

Recordad a este propósito la parábola del sabio indio que llevó a su discípulo a

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lo alto de un monte, y le dijo: «¿Qué ves allí?—Veo, contestó el joven, una pradera llena de rebaños y pastores.—¡Déjate, le replicó el maestro, déjate de rebaños y pastores y praderas!... Aquello eres tú. ¿Qué ves allí?—Veo un río con unos guerreros que lo pasan a caballo.—¡Déjate de guerreros y de caballos y de ríos! Aquello eres tú. ¿Qué ves allí?—Veo el horizonte sin límites, los campos, el cielo.—¡Déjate de campos y de horizontes, de caballos y de guerreros, de pastores y de rebaños!... Todo, todo lo eres tú.»

¡Ah! ¡Si nosotros pudiéramos abrirnos a este sentimiento tan antiguo y tan moderno, tan humano y tan cristiano, de la universal hermandad! Cultivemos la simpatía absoluta, el altruismo sin límites.

—¿Sin límites? Se me dirá acaso. Pues ¿no hay un egoísmo legítimo? ¿No hay una moral del egoísmo?—Sí, sí; hay un

(c) Instituto Cervantes de Madrid

egoísmo legítimo, un solo egoísmo digno de vosotros: El egoísmo que consiste en dedicarnos, cueste lo que cueste y pase lo que pase, a formar en nosotros mismos una alta personalidad humana, haciendo de nuestro espíritu una verdadera obra de arte. Ese es el egoísmo legítimo; no hay otro.

SOBRE TODAS LAS COSAS

DEL arte voy también a decir dos palabras. Vimos cómo no siempre al sentimiento se le reconocía su valor al nivel de la voluntad ó del conocimiento. Observemos ahora cómo el arte no ocupa aún en la educación de nuestros días, el lugar

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que le corresponde, al lado de la ciencia y de la moral. Se dice comúnmente: el fin de la educación es hacer a los hombres más sabios, mejores. ¡Como si todos los ideales se redujesen a la verdad y la bondad! De la belleza no se habla; la belleza a nadie le preocupa; la belleza viene a ser la Cenicienta del espíritu, aunque quizá, como la de los cuentos, esté llamada a reinar sobre sus dos hermanas.

Yo creo que la belleza sola bastaría; que un hombre enamorado de la belleza, un espíritu estéticamente cultivado, tendría ya una cierta intuición de los misterios del mundo, de las leyes del Universo, y, por otra parte, no podría realizar ninguna acción baja ni ruin. Pero si, acaso, la belleza no es bastante, ¿cómo negar que la belleza es necesaria? El hombre más erudito, el que más estrictamente cumpla sus deberes, no llegará, sin em-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bargo, a nuestro corazón, no se nos presentará como un modelo de humanidad superior, si su persona no va envuelta en ese ambiente indefinible, inefable, de la emoción y de la poesía.

¡La música sobre todas las cosas!, decía Verlaine, resucitando en un verso moderno un pensamiento clásico. ¡La belleza, el arte, sobre todas las cosas!... Aun para aquellos de vosotros que se dedican a especialidades técnicas o científicas. Me atrevo a decir, especialmente para aquellos de vosotros que a esas especialidades se consagran.

Ya se va iniciando en este punto una reacción. Ramas de la enseñanza que, como el canto, el dibujo, parecían antes secundarias, quedaban postergadas con el nombre desdichado de «clases de adorno», van constituyendo ahora materias fundamentales de la educación desde las

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mismas escuelas de párvulos. Hoy nos parecen ya esenciales para la formación humana, un drama de Shakespeare, una sinfonía de Beethoven, la lectura de una página de fuertes, sonoros versos castellanos, la visita a la sala de Velázquez en el Museo del Prado, dando tal vez, a la salida, un paseo perezoso por las arboledas del Retiro, que en estos días de otoño, con sus troncos obscuros y sus hojas doradas, tienen toda la elegancia, toda la melancolía de los últimos tiempos de los Felipes. Y mejor aún, salir al campo, al pleno sol, al aire libre, para contemplar ese paisaje nuestro tan severo, adusto, solemne, casi penitente, donde se retuercen las encinas plomizas, y a lo lejos se destacan los picos nevados de la sierra.

Todo esto que antes parecía lo superficial, lo innecesario, las «clases de adorno», va constituyendo ya hoy la médula

(c) Instituto Cervantes de Madrid

viva de toda verdadera educación. La piedra que los constructores, que los trabajadores despreciaron por inútil, esa misma será puesta como la piedra fundamental del edificio.

Pero para eso es preciso que no nos perdamos en un frívolo dilettantismo, sino que concentremos todas estas actividades estéticas, como antes decía, en la obra de nuestra propia formación. No seamos meros contempladores; seamos artistas. No porque pintemos cuadros o escribamos poemas, no; sino porque todos trabajemos en esa obra de arte, entre todas la más pura, que consiste en la realización de un alma hermosa.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

EN LA CRIPTA

PARECE que hemos hablado ya mucho, quizás demasiado, del sentimiento. Y, sin embargo, del sentimiento aún no hemos dicho nada, porque no hemos tratado todavía del amor.

Si al estudiar el sentimiento penetrábamos en una región obscura, íntima, profunda, del espíritu, ahora es preciso que todavía nos adentremos más. Aquí debemos hablar con respeto, casi con veneración. Si al tratar del sentimiento estábamos entre las penumbras del templo interior, ahora vamos a descender uno a uno los escalones de su cripta subterránea

(c) Instituto Cervantes de Madrid

donde están los misterios de la vida y de la muerte.

De la vida y de la muerte: entre las dos se sienta el amor. Así lo han cantado los poetas; así lo han explicado los pensadores y los filósofos; así, sobre todo, lo sienten, lo adivinan, los enamorados, los cuales, en su pasión, no saben si quisieran vivir una vida tan intensa que valiese cien vidas, o si quisieran renunciar al mundo disolviéndose en los abismos de la nada. Lo que sí saben, lo que sí perciben, es que se encuentran en aquel punto central, en aquel nudo por donde pasan y se entrecruzan todas las fuerzas creadoras y destructoras del Universo.

Del amor es difícil hablar. Es Eros una divinidad celosa, esquiva, fuerte, que no teme el desprecio ni la injuria, no teme a los que le combaten o le niegan; una sola cosa teme: la profanación. Si no somos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

capaces de elevar hasta su ara la ofrenda que se merece, consagrémosle, por lo menos, el tributo del respeto y del silencio.

Recordad lo que venimos repitiendo en estas conferencias. Los males, los vicios, no provienen nunca de sobra de energía y de vitalidad, sino de su falta. Esto es especialmente verdad respecto del amor. Todos los peligros que en este punto pueden verse para la juventud, nacen, no del mucho amor, sino del poco amor; es decir, de confundir el amor verdadero, grande, santo, con el capricho frívolo, la aventura pasajera, la galantería, el grosero instinto, cosas todas que no son amor, sino su caricatura ridícula o su falsificación vergonzosa.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

¡COSAS DE LA MOCEDAD!

PARA esas miserias, tengamos el valor de decirlo, para esas miserias, hay en nuestra sociedad, en general, una baja tolerancia. Personas por su edad y por otros conceptos, respetables, suelen decir en estos casos: ¡Qué le vamos a hacer!, a cada edad lo suyo; son cosas de la mocedad... ¡Cómo si la juventud no fuera precisamente la edad heroica, la edad de los grandes esfuerzos y de las consagraciones ideales! A mi, por el contrario, esas exculpaciones cobardes, se me antojan cosas de la senectud, cosas de una edad desengañada y escéptica.

El joven digno del porvenir, el joven de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

temple heroico, querrá conservar un cuerpo limpio y un alma sana, no por espíritu tímido o pacato, sino al contrario, por respeto al amor, por una viril esperanza en el amor que ha de venir.

Ya sé que muchas veces aquellas voces vetustas se apoyan en razones de salud, tratando de justificarse con una ciencia tan vetusta como ellas. Punto es éste en el que no me parece oportuno entrar ahora: ni el tiempo lo consentiría, ni encaja en el carácter de estas conferencias. Pero una cosa sí quiero que quede, sí quiero que conste, en pocas palabras.

Los especialistas de estas cuestiones sexuales, los médicos y psicólogos que las han estudiado, van coincidiendo ya todos en la afirmación de que la absoluta continencia en la juventud, antes del matrimonio, no envuelve para la salud peligro alguno si se acompaña de una vida

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sana, activa, llena de motivos e intereses ideales, sin excitantes, sin alcohol, sin refinamientos corruptores. Clínicos famosos afirman que no han asistido a un solo caso originado por la castidad, y en cambio han tenido que cuidar a infinitos pacientes cuyas dolencias eran producto de vicios de toda suerte. De modo que ya la ciencia presenta como solución la más aceptable, aquella misma que, por otra parte, nos parecía mejor a la luz de los principios éticos y hasta de los sentimientos estéticos. Y ni una palabra más sobre este punto.

Mas era preciso que esto constara, porque de este error en lo individual proviene luego una de las mayores vergüenzas sociales. Si se admite ese concepto grosero y anticientífico del impulso sexual, considerándole como una necesidad que requiere inmediata y constante satisfac-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ción, ¡ah! entonces surge fatalmente la organización social que a esta necesidad corresponde, el vicio reglamentado bajo los auspicios de la ciencia oficial y de la autoridad pública. ¡Esa es la mayor afrenta de la civilización presente, lo que hace perdurar en ésta los usos y las costumbres más infames del pasado, y envenena en sus mismas fuentes las más puras esperanzas para el porvenir!

Todo el mundo debe indignarse contra esa horrorosa, contra esa inicua realidad social. Pero deberían sentir especial indignación aquellas almas escogidas que, con un concepto elevado del amor, lo veneran como un sentimiento tan profunda y noblemente humano que raya en los límites de lo divino. No son, no, los censores adustos ni los viejos dómines los que más habrían de protestar; son los jóvenes entusiastas y generosos, son las donce-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

llas enamoradas quienes tendrían que lanzarse a clamar contra esa indignidad organizada que de un modo tal rebaja, prostituye y convierte en mercancía aquellos mismos anhelos purísimos que ellos guardan en el fondo más íntimo y confidencial de su corazón.

Otra profanación del amor hay todavía, de la que me atrevo a decir que no es menos grave que el vicio: la frivolidad. Existe una banal coquetería que tiende a convertir el amor en un juego, olvidándose de que con las cosas santas no se juega. Vale más entonces con interno rigor, con aparente sequedad, mantener el corazón vacío, precisamente por amor al amor, por respeto a la divinidad que habrá de llenarlo por entero. El amor decide de la vida toda. Puede, unas veces, ser tragedia; otras bienaventuranza: nunca, frivolidad.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LA AMIGA Y LA AMADA

HAY, sin embargo, afectos que pueden atenuar este vacío doloroso, ya que el espíritu, más que la naturaleza, tiene horror al vacío. Existe en el joven el noble sentimiento de lo femenino eterno que tal vez se concreta y encarna, venturosamente, en la pura amistad femenina.

Aparte del problema pedagógico de la coeducación, de que consideremos si es o no conveniente que los jóvenes de uno y otro sexo hagan análogos estudios y se formen juntos en los mismos centros de enseñanza, creo que ya ninguna persona de espíritu moderno y delicado dejará de desear que se establezcan entre las muchachas y los jóvenes, relaciones de com-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pañerismo sincero y de amistad fraternal. No ignoro, no niego que no siempre para el hombre joven será la amiga un amigo con faldas. ¿Y qué? Aun cuando la amistad entre personas jóvenes de sexo distinto, tenga un especial matiz psicológico, si aquella es verdadera, íntima, y si, por otra parte, no puede confundirse con el amor, ese matiz particular constituye una de las emociones más finas, más delicadas, de la vida social.

No se diga que ya hoy se mantienen constantes relaciones de amistad entre los jóvenes y las muchachas, porque, hablando sinceramente, hay que reconocer que en la mayor parte de los casos giran estas relaciones alrededor del coqueteo, de la galantería, de lo que en un sentido honesto y amplio podríamos llamar la sexualidad.

No van estos sentimientos integrados

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en el conjunto de los otros, de tal suerte que la mujer y el hombre convivan en todos los demás terrenos, en el de la ciencia, en el del arte, en el de las preocupaciones sociales y los problemas morales, elevando esta civilización nuestra, que hoy es predominantemente, casi exclusivamente masculina, a una civilización más completamente humana.

A veces quizás, aquella amistad pura irá poco a poco degenerando, mejor dicho, ascendiendo, hasta trocarse en amor. Es verdad; por algo, después de todo, hasta etimológicamente, amistad y amor tienen una misma raíz. A veces, este sentimiento de confianza y ternura será como el crepúsculo que poco a poco crece y anuncia el nuevo día.

He aquí, a este propósito, unas líneas, profundas y poéticas, del Diario íntimo de Kierkegaard, cuando se iniciaba su amor

(c) Instituto Cervantes de Madrid

doloroso hacia Regina Olsen: «¡Oh, tú, ciego dios del Amor! Tú que penetras el misterio, ¿pretendes ya revelarme a mí mismo? ¿Debo encontrar lo que busco, y vivir, ya en este mundo, la conclusión de todas las excéntricas premisas de mi vida? ¿Debo estrecharte entre mis brazos?

O bien:

¿Dice la orden: *más allá?* ¿Te has adelantado tú, tú, anhelo mío, y con la mano me llamas, resplandeciente, desde otro mundo? ¡Oh!, quiero renunciar a todo y quedar lo bastante libre y ágil para seguirte» [1].

Así también para el joven héroe llegará quizá un momento en que, reflejándose su alma como en el cristal de una fuente, en otra alma pura, adquiera la conciencia

[1] Sören Kierkegaard. Buch des Richters. Seine Tagebücher 1833-1855 im Auszug aus dem Dänischen von Hermann Gottsched. Verlegt bei Eugen Diederichs Jena und Leipzig, 1905. Trad. de la pág. 19.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de sí mismo y renuncie entonces a todo en aras de esta única pasión. No importa; no habrá mal en ello; no hará sino imitar a aquel mercader de perlas de que habla el Evangelio, el cual las vendió todas para comprar una sola, la más hermosa y resplandeciente.

Este sentimiento único irá después, sin perder nada de su fuerza interior, irradiando a toda la vida, transformará nuestros actos y nuestras obras, y el joven héroe creará un hogar, fundará una familia, reanudará con lazos doblados todos sus antiguos vínculos sociales, volverá quizás a las mismas cosas que antes hacía, pero las emprenderá con una energía nueva; si no hace nada extraordinario *por* amor, lo hará todo *con* amor: será como si un ciego [1], adquiriendo de pronto la

[1] Comparación empleada en sentido místico por Abentofail en el prólogo de *El filósofo autodidacto*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vista, empezase a recorrer los mismos sitios por donde antes pasaba, que le eran perfectamente conocidos, y en los cuales nada nuevo descubriría ahora, y, sin embargo, lo descubriría todo, porque las cosas se le presentarían por primera vez a su verdadera luz, con todo su esplendor y magnificencia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

III

INSTITUTO DE BACHILLERATO - BIBLIOTECA "CERVANTES"

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

¿DÓNDE TIENEN SUS CUERNOS LAS VACAS?

INSISTÍAMOS, señores, en las anteriores conferencias, sobre la necesidad de abrir grandes horizontes a la juventud, horizontes sin límites, lo mismo en el mundo de la naturaleza que en el mundo del espíritu.

Vivimos, en general, demasiado recluídos en el círculo estrecho, mezquino, de nuestras experiencias y relaciones. Convendría, decíamos, ensanchar este círculo por medio de las lecturas, los viajes, la actividad social; enriquecer el material de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

las intuiciones sensibles, que son la base de todo el pensamiento y de toda la vida. Ver, ver mucho. Y no sólo ver, sino ver con intención, con interés, es decir, mirar. Y no sólo mirar, sino mirar con aquella intervención del razonamiento que agrupa, que separa, que organiza la realidad reflejada en nuestra retina; es decir, observar.

Ver, mirar, observar... Somos, por lo común, los españoles, malos observadores. Muchas personas cultas, ilustradas, no podrían decir, por ejemplo, qué árboles son los que hay en la plaza por donde pasan cada día, o a quién representa la estatua que está en el centro de esa plaza. Yo recuerdo, a este propósito, que en una escuela superior inglesa, para los exámenes de ingreso, al lado de otras preguntas científicas y técnicas, se hicieron algunas como esta: «¿Dónde tienen los cuernos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

las vacas? ¿Delante o detrás de las orejas?» Quizá no todos supieron contestar. Y, sin duda, entre nosotros, no faltan bachilleres y doctores que vacilarían bastante antes de dar respuesta a esa pregunta.

Pero aún hay un grado superior. No basta ver y mirar, no basta observar; hay un grado en que al razonamiento se une el sentimiento, la emoción, la simpatía hacia las cosas observadas: la contemplación. Contemplación es visión perfecta en la que el hombre interviene por entero; es como una armonía entre el alma y el mundo. La contemplación es la mitad del camino de la vida.

Mas hoy, señores, vamos a hablar precisamente de la otra mitad. La otra mitad es la acción.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

OBRAR SEGÚN EL PENSAMIENTO

Y la vida es acción. Por la acción nos descubrimos a nosotros mismos. Si por los frutos se conoce el árbol, por las obras no sólo conocemos a los demás, sino que por ellas y no por la reflexión o la meditación se conoce cada uno, sabe lo que es y lo que puede.

La vida es acción. No es un espectáculo más o menos divertido. Hablando con precisión, no existen espectáculos; nunca somos exclusivamente espectadores. Parece ser que cuando asistimos, por ejemplo, a la representación de un drama, no

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tan sólo se desarrollan en nuestra conciencia, si bien de una manera atenuada, virtual, los afectos y pasiones que se representan en la escena, sino que en nuestro organismo físico iniciamos, aunque imperceptiblemente, los movimientos que van ejecutando los actores. No hay ningún espectáculo interesante, en el que no participemos, en el que no seamos actores de un modo real y verdadero.

Cada uno de nosotros lleva dentro de sí un secreto impulso que le mueve a exteriorizarse, a manifestarse en obras. Todos queremos, al pasar por el mundo, dejar algunas huellas sobre la tierra. Sin esto, la vida, aun la vida más feliz y llena de goces, ¿valdría la pena de ser vivida?

Pero el hombre verdaderamente digno de serlo, digno de la humanidad que representa, es aquel que a este impulso obscuro, instintivo, le señala un objeto, aquel

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que se propone fines elevados y progresivamente los va realizando. Dice Goethe en la carta de aprendizaje de Wilhelm Meister: «Obrar es fácil; pensar, dificil; obrar según el pensamiento, es lo que exige esfuerzo.»

Obrar según el pensamiento: en eso consiste la verdadera voluntad. Porque la voluntad no es la mera espontaneidad, la tendencia, el impetu, el capricho, el antojo, el arbitrio... Mucho menos, claro está, es la ley exterior, impuesta desde fuera. Pero cuando a la espontaneidad se une la ley, porque la ley se interioriza, porque la ley viene a ser ya el florecimiento, la plenitud de la misma espontaneidad, entonces existen verdadera voluntad y libertad verdadera.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

EL DEBER DE LA ACCIÓN

La vida contemporánea exige de un modo especial el cultivo de la voluntad. En la vida moderna se acelera de una manera vertiginosa el ritmo de la acción; la competencia, en todos los campos, es cada vez más dura; la lucha más difícil; el triunfo más aventurado; se tiende a suprimir el tiempo y el espacio... Deprisa, deprisa... Constantemente nuevos trabajos, nuevos estudios, nuevas empresas. Y no podemos sustraernos a esta condición, a este vértigo de nuestros días; no podemos ni debemos sustraernos, porque en lo hondo de ese torbellino de codicias y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ambiciones, se oye la voz pura del espíritu humano, que quiere ser más, alcanzar más, poder más, dominar más completamente a la naturaleza, y aun superarse a sí mismo, llegando, adonde no con sus fuerzas, por lo menos con sus anhelos y sus esperanzas.

Todos hemos notado alguna vez que, al pasar de una gran capital a un pueblo, a una aldea, cambia bruscamente el ritmo de la actividad, y la vida entera se desarrolla con mucha más lentitud. Pues bien, doloroso es recordarlo, pero es conveniente observarlo; la misma sensación se experimenta cuando después de una temporada un poco larga de residencia en el extranjero, se regresa nuevamente a España: el ritmo languidece, la gente va más despacio, el tráfico se paraliza, nadie tiene que hacer, hay tiempo para todo, nunca se llega tarde.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

¡Qué grave es esto! Preciso es que todos nos esforcemos en reaccionar contra esta modorra española que puede ser el más capital de nuestros pecados; porque en las luchas actuales, lo mismo entre pueblos que entre individuos, el que se detiene es inmediatamente alcanzado y atropellado por los que vienen detrás, por los que van ascendiendo, impelidos acaso por móviles mezquinos y egoístas, pero, en el fondo, colaborando, aun sin saberlo, a los grandes fines humanos, abriendo, aun sin sospecharlo, los nuevos caminos de la historia.

Es muy defectuosa en este punto la moral vulgar, la moral habitual. Preferentemente restrictiva, negativa, nos dice lo que no hemos de hacer, lo que nos cumple evitar; está casi toda compuesta de prohibiciones. En cambio, no nos dice en primer término lo que hemos de hacer,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

qué cosas estamos obligados a realizar. No nos habla, ante todo, del deber primordial de la acción; del deber de exteriorizar nuestro espíritu, de modificar la realidad, imprimiéndola nuestro sello, de colaborar de alguna manera a la obra general del progreso humano.

Yo creo que, en esencia, todos los pecados son pecados de omisión. No hay acción tan mala como la inacción sistemática. El enemigo es la pereza, la apatía, la desidia, la abulia. Ante todo, hay que vivir, vivir intensamente. Hay que trabajar y luchar, porque sin lucha y sin trabajo la vida no sería vida. Sin lucha y sin trabajo, sobre todo, la juventud no sería juventud.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

¡HE PERDIDO MI JUVENTUD!

NADA encuentro más triste que la situación del hombre que, traspuestos los treinta años, cruza los brazos sobre el pecho, baja la frente, entra en sí mismo, mira hacia atrás el camino recorrido, y tiene que decirse con amarga sinceridad: Yo he perdido mi juventud.

¡Parece mentira que la juventud pueda perderse! ¡Parece mentira! Más tarde, en la edad viril y en la madurez, la naturaleza misma nos avisa y nos empuja a la acción, manteniendo despierta en nosotros la conciencia de que la vida fluye, corre y se nos escapa de las manos. El

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hombre de treinta años se da cuenta de que el tiempo pasa. Escucha como un tic tac, interior, a cuya rapidez angustiosa ha de ir acomodando sus acciones y sus trabajos. Es la voz de la naturaleza que ya prevé la inercia, el desengaño y la fatiga. Y nosotros nos afanamos vertiginosamente por hacer, por crear, por dejar un rastro sobre la tierra. La mañana ha huído ya. Los días se desvanecen como sombras.

Pero la naturaleza, magnánima, no ha creído necesario poner esa torturadora inquietud en el corazón de la adolescencia. Los años juveniles son por sí mismos tan intensos, tan activos, tan vitalmente pródigos, que no parece que puedan perderse aunque no se sientan pasar. La naturaleza consiente que el joven viva sin apremios ni torturas, sin oir el perenne roer de la carcoma del tiempo. El joven

(c) Instituto Cervantes de Madrid

queda entregado a su propia espontaneidad. La naturaleza confía en él. No le acongoja con el ayer y el mañana. Le envuelve en la luz de un día eterno, como a los dioses inmortales.

No perdamos, pues, nuestra juventud; no la perdamos miserablemente. Pensemos que esa es la edad de los esfuerzos heroicos, la edad en que debemos iniciar nuestra labor intelectual y nuestros trabajos sociales y profesionales.

En la juventud podemos afianzar, en primer término, la base económica de nuestra vida y de la de nuestra familia.

Podemos también leer enormemente; es la edad en que se devoran los volúmenes, quizás de una manera atropellada, empezando libros que no siempre se terminan, pero quedando en el fondo del alma un sedimentc que luego perdura para toda la vida.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Podemos, además, viajar; no hay libro comparable al bastón del caminante; ver tierras, ver mundo, recorrer siquiera bien la ciudad en que vivimos, que para muchos es una ciudad ignota. ¡Cuántas cosas hay en ella, interesantes, hermosas, que tal vez no conocemos como las conocen los turistas al segundo o tercer día de su llegada!

Podemos comenzar, por otra parte, el ejercicio de la carrera que hayamos elegido, procurando hacerlo con tal entusiasmo, con tal escrupulosidad, que cualquiera que ella sea, la ennoblezcamos; porque como pensaba Channing, no es la función la que hace la dignidad del hombre, sino el hombre el que hace la dignidad de la función.

Podemos, al mismo tiempo, interesarnos por los problemas sociales, por las grandes cuestiones nacionales y huma-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nas, las crisis económicas, los anhelos morales que laten en el fondo del alma colectiva. ¡Bien valen la pena de que les dediquemos un poco de nuestra actividad, cuando hay tantos hombres generosos que por ellos se sacrifican y arrostran, en ocasiones, hasta la misma muerte!

Podemos iniciar, finalmente, nuestra educación cívica, y contribuir a la formación de un espíritu nacional, de una opinión pública ilustrada, consciente, vigorosa; seguros de que la corrupción de la política española, no tanto nace de la maldad o la ineptitud de los pocos que en ella intervienen, cuanto de la pasividad y la cobardía de los más, de la abstención de los más, que luego se desahogan con la murmuración y la crítica estéril, lloran-do sobre las ruinas de una patria que no han sabido defender como hombres.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

RELIGIOSIDAD

PERO, amigos míos, el hombre más entregado a la acción, el hombre que en la acción se abandone como la piedra que describe su trayectoria en el aire, no dejará por eso de recapacitar un instante, de entrar en sí y de encararse con la tremenda interrogación: ¿Para qué todo ésto? ¿Qué sentido tiene la vida?

¿Quién será el que alguna vez, al caer la tarde, en la hora melancólica del crepúsculo, cuando el cuerpo, después de la labor diaria, empieza a rendirse suavemente a la fatiga, y parece que el espíritu, más libre, flota entre los recuerdos de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la infancia, quien será de entre nosotros el que no se haya preguntado alguna vez: ¿Qué soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy? ¿Qué me dice y qué me oculta este Universo variable, deslumbrador, que por todas partes me rodea? ¿Cuál es la última significación de la existencia humana? Cuando un día la tierra se enfríe y este mundo sea un cuerpo muerto que flote por los espacios, ¿qué quedará de nuestros esfuerzos y de nuestros dolores? ¿Por qué vivir? ¿Para qué vivir? ¿Qué saca el hombre de todos los trabajos con que se afana debajo del sol?

Estas preguntas no pueden contestarse con lo que en las anteriores conferencias hemos dicho. A estas preguntas, a estas últimas preguntas no responde la ciencia, no responde el arte, no responde tampoco la moral, que se concreta a darnos normas para la voluntad y leyes para la conducta.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Sin embargo, yo no puedo contentarme con estos ideales fragmentarios, el ideal ético, el estético, el del conocer: yo necesito un ideal total, que absorba la personalidad por entero dándole una interpretación superior de la vida y del mundo. Si es preciso sufrir, dice el hombre, me resignaré al sufrimiento; si mi espíritu es limitado, acepto sus límites; si es preciso ignorar eternamente las primeras causas de las cosas, yo me humillo y me conformo a la ignorancia. Pero que yo sepa, que de alguna manera y en alguna forma sepa, por lo menos, que el alma que quiere subir y elevarse está sostenida por fuerzas superiores; que la virtud no es sólo un nombre; que el hombre honrado no es el juguete de una ilusión; que el triunfo definitivo es del Bien; que no se pierde ningún esfuerzo puro y desinteresado; que nuestros anhelos y trabajos no dejan sólo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la estela momentánea que deja el navío; que los pueblos y las gentes no se sacrifican en vano; que las generaciones no se hunden inútilmente una tras otra en la nada; que el ideal no es una sombra ni es un sueño; que de nuestros dolores y de nuestras angustias queda algo más que lo que quede del llanto derramado hace siglos en el fondo de un antiguo lacrimatorio.

¿Cómo se llega a esta creencia? ¿Cómo se forma esta convicción? ¿Cómo nace esta certidumbre, esta confianza, esta fe?

No queramos penetrar en las profundidades del espíritu religioso. Cada cual con su conciencia. Respetemos el sagrado del alma. Pero lo innegable es que esa creencia, esa convicción, existe más o menos latente en todos los hombres y en algunos llega a tener una fuerza tan grande, que subsistiría aunque se arruinara el

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mundo entero. Se esconde en lo más hondo de nuestra personalidad: es la llama interior y divina que arde silenciosamente en la lámpara de nuestro corazón y que no podría apagarse, aunque se extinguieran todas las luminarias del cielo.

En estas horas de recogimiento y de paz interna, nos preparamos nuevamente para la acción y para la lucha. Pero ya entonces entramos en los azares de la vida con otro entusiasmo, con otra seguridad; aunque sepamos que por mucho que realicemos, será mucho más lo que quede por hacer; aunque comprendamos que por grande que resulte la herencia espiritual que dejemos a nuestros hijos, todavía la herencia mayor, la más humana, será siempre una herencia de esperanzas y de ilusiones.

Entonces, según el pensamiento de San Agustín, «buscaremos como buscan los

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que saben que han de encontrar, y encontraremos como encuentran los que saben que han de buscar todavía». ¡Ah!, porque el sentimiento religioso, como todo verdadero sentimiento, a diferencia de aquella sensiblería falsa que enerva y que paraliza, es un resorte de la voluntad y el propulsor más eficaz de la acción.

Yo creo que se habla con exceso del sentimiento religioso como de un freno, no sólo en lo individual, sino también en sentido social, cuando se quiere ver en él una garantía exterior del orden público. No; por mi parte he de decir que concibo la religiosidad no tanto como un freno cuanto por el contrario como un acicate que clavándose en el alma, la hace caminar y subir por la cuesta difícil del propio perfeccionamiento... ¡Arriba! ¡siempre arriba!..., aunque sea tropezando, aunque sea cayendo y levantándose

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y volviendo a caer. Porque ¡ay del que no cae! El que no cae es que no anda, es que está detenido, es que se ha quedado inmóvil en aquella virtud estática del fariseo, para el cual no hay salvación.

LA CRISIS DE LA FAMILIA

No podemos extendernos, como yo quisiera, sobre el aspecto social de estas mismas tendencias humanas; deberíamos tratar nuevamente de la ciencia, el arte, la moral y la religión, considerándolos ahora en su valor colectivo. Limitémonos a un bosquejo muy rápido.

Toda obra humana es una obra colectiva; hacer, para el hombre, fué siempre

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hacer en común; pero nunca quizá como en estos tiempos se ha reconocido la importancia, el alcance, la transcendencia de ese vínculo social.

Se objetará tal vez que existe en nuestra época una crisis de la familia. Es indudable: la familia patriarcal, moviéndose sumisa bajo la bendición del padre, la mujer recluída en el recinto del hogar, los hijos colaborando al trabajo doméstico y continuando fielmente las tradiciones de su estirpe, los criados, unidos perpetuamente a la casa por vínculos de afecto y de lealtad; todo eso, ¿cómo negarlo?, está desapareciendo de la vida contemporánea.

Creo yo que la familia es una institución permanente, una institución perenne en la sociedad humana; pero, por eso mismo, pienso que la familia cambia y evoluciona a través de los siglos. Hoy la

(c) Instituto Cervantes de Madrid

evolución de la familia va estrechamente emparejada con la evolución social de la mujer.

Van ya desapareciendo y siendo reemplazados por la industria, muchos trabajos y labores que antes correspondían a la familia y se realizaban bajo el techo paterno. En casa se cocía el pan, en casa se hilaba y se tejía, en casa se hacían los vestidos y los utensilios. Desenvolvamos más este proceso y supongamos que muchas otras cosas puedan ser igualmente absorbidas por la industria organizada; imaginemos que de una manera industrial, por medio de operarios independientes se lleva a cabo la limpieza de las habitaciones y el servicio de la comida, y veremos dibujarse en el porvenir el cuadro de una familia distinta de la actual, más abierta, más libre, más en relación con los otros circulos sociales: de una familia sin

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cocina, sin criados, donde la mujer, redimida de las pequeñas miserias de la economía doméstica, podrá dedicarse a su función elevadísima en todo lo que se refiere a la intimidad del hogar y a los deberes santos de la maternidad.

¡Ah! pero no nos engañemos; la familia futura, lejos de basarse en una relajación de las leyes morales, exigirá, para subsistir, más fidelidad, más cariño, más abnegación, más virtudes que pueda haber exigido la familia tradicional.

Algo habría que decir también de otros círculos mayores de la organización social; habría que hablar de la vida corporativa, la vida de las asociaciones, de la cual puede ser un ejemplo hermoso esta misma Residencia de Estudiantes, que ofrece ocasión propicia para educarse y prepararse a la intervención en las necesidades y deberes de la actividad colectiva.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Pero es preciso que pasemos sobre todo eso para abreviar, y que nos limitemos a decir algunas palabras sobre el más fuerte e importante de los lazos sociales: el sentimiento de la Patria; un sentimiento que parecia irse esfumando en la época moderna, y que ahora vemos resurgir vigoroso a impulso de esta tremenda crisis de la historia que no sólo va a modificar las fronteras de los pueblos, sino que alterará también las demarcaciones espirituales, los principios y tendencias de la civilización presente.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LA GUERRA

¡Cuán grande ha sido la sorpresa producida por esta guerra! A muchos les parecía absolutamente imposible. Observaban que las relaciones internacionales iban aumentando, que se iba extendiendo una solidaridad cada vez más positiva, lo mismo económica que intelectual, entre todos los pueblos. Podía decirse que las naciones, desbordándose por encima de sus fronteras, adquirían conciencia cada vez más plena de su unidad, de la fraternidad entre los hombres.

La guerra ha venido a romper toda colaboración científica y moral: la ha inte-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

rrumpido brutalmente. Pocas cosas habrá a este propósito tan interesantes como un artículo publicado hace ya muchos meses en la hoja semanal de la *Frankfürter Zeitung* [1]. Lo firma un profesor alemán, el doctor Hamann, de Marburgo.

Se refiere a la catedral de Reims. A primera vista parece que el autor no pretende otra cosa que justificar a su Ejército y a su Nación. Echa la culpa a los franceses por no haber mantenido ajeno a toda operación o uso militar, aquel monumento único e irreemplazable. Pero salvada esta dificultad, dedica el autor un homenaje tan sincero, no sólo a la catedral francesa, sino a todo el arte francés, y evoca con tanta emoción los estudios e investigaciones eruditas que, con sentido ampliamente humano, se venían haciendo por encima de las fronteras y de las rivalida-

[1] Correspondiente al 29 de Septiembre de 1914.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

des nacionales, qúe el escrito del profesor Hamann ofrece, acaso sin proponérselo, el contraste más conmovedor con los estragos y los horrores de la guerra.

Enumera los trabajos científicos de los críticos y arqueólogos, sus compatriotas, quienes «demostraron que era preciso buscar en Francia los orígenes del gótico alemán». «Sin envidia, enamorados de la belleza, reconocíamos la superioridad del gótico francés».

Y prosigue desarrollando este mismo tema: La catedral de Colonia es «una sucesora inmediata de la de Amiens». Los modelos de las más admirables esculturas medioevales de Alemania, se encuentran en Chartres y en la misma Reims. La catedral de Magdeburgo muestra la influencia francesa en el arte románico alemán. Hasta lo más propio y castizo, «el estilo renano de transición», está más o menos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

inspirado en los monumentos de Anjou y Poitou, en el Sudoeste francés.

Ni los mismos franceses han estudiado su arte con más profundidad y amor que Dehio o Bezoldt, o que Guillermo Vögue, cuya obra acerca de la catedral de Reims se esperaba con tanta impaciencia.

De él son las siguientes palabras, «hoy doblemente memorables», sobre las estatuas de Reims: «¡No se deje que la humedad y el viento destruyan esos valiosos testimonios de la historia del arte francés!»

Recuerda luego el profesor Hamann los nombres de sus colegas y discípulos, los sabios, los arqueólogos, los admiradores de la cultura artística francesa, que se encuentran en el campo de batalla. ¿Cómo reaccionarán, qué pensarán — añadimos nosotros—esos espíritus selectos, afinados por el saber y por la estética, ante la horrenda tragedia de la invasión y de la

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lucha con las que tanto sufre ese mismo suelo de la hermosa Francia, cubierto de tesoros del arte, relicarios de la historia?

En la guerra se hallan Ernesto Gall, «uno de los que mejor conocen á Francia», admirador del gótico de Normandía; Pinder, otro apasionado del arte normando, el conde Vitztum, el primer especialista en el estudio de las miniaturas francesas; el doctor Jantzen, *Privatdozent* en la Universidad de Halle, quien ahora «quizás tiemble, no sólo por las estatuas de las grandes catedrales de Francia, sino por cada piedra de sus iglesias de aldea», que como nadie ha recorrido y estudiado.

¿Dónde estarán ahora esos hombres de gabinete y de aula, habituados a las exquisiteces ideales, a los más delicados matices de la moderna civilización? Asusta pensar que esos hombres se encontrarán hundidos en alguna trinchera, con las

(c) Instituto Cervantes de Madrid

manos febriles, la ropa empapada de sangre, los pies hinchados, la faz contraída. ¿Qué pensarán cuando venga la noche e inclinen, meditabundos, la cabeza sobre el fango del parapeto?

Me he entretenido recordando este artículo, porque me parece que encierra en el fondo, acaso sin sospecharlo, la más dolorosa protesta contra la guerra. Se ve palpablemente cómo la guerra es la negación de todos los principios modernos, la negación de todos los valores que la civilización ha creado.

No es necesario insistir sobre el horror de la guerra: ni necesario ni eficaz. Nos hemos endurecido completamente a estas impresiones.

¿Qué se nos puede decir que nos conmueva, a nosotros que nos vamos ya acostumbrando a leer distraídamente el periódico, en la tranquila intimidad fami-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

liar, pasando la vista rápida sobre las noticias de bombardeos, de fusilamientos, de barcos hundidos, de combates violentos con miles de víctimas?

La guerra—¿quién lo duda?—, es el mayor de los males; la guerra es odio, barbarie, engaño, venganza, es perseguirse los hombres bajo tierra, y en el mar, y por el aire, sobre las nubes de polvo y los gases venenosos; es la destrucción de aquellos monumentos, maravillas del arte, y la ruina de otros tesoros mucho más valiosos, tesoros de bondad y de piedad que el paso de los siglos había ido labrando en lo hondo del espíritu humano.

INSTITUTO DE BACHILLERATO "CERVANTES" - BIBLIOTECA

(c) Instituto Cervantes de Madrid

HEROISMO

TODO esto es verdad: evidente, abrumadora verdad. Pero ¿cómo negar, si hemos de ser sinceros con nosotros mismos, cómo negar que tenemos la impresión de que esta guerra, como una enorme tempestad, ha de purificar la atmósfera de Europa? ¿Puede, lealmente, sostenerse que las naciones hoy beligerantes se han envilecido, se han corrompido, se han degradado por el hecho de la guerra?

Leamos las cartas que de ellas recibimos, oigamos las voces que llegan de los frentes de batalla. Hablan en un tono de energía, de abnegación, de idealismo, al

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que por desgracia no estábamos acostumbrados. Los pueblos en lucha afirman y reconocen, cada uno por su parte, que ahora descubren en el alma nacional virtudes y fuerzas morales que no habían sospechado hasta que la guerra ha venido a suscitarlas. ¿Cómo negar, pues, que la guerra, a pesar de todo, pone en tensión las mayores energías y eleva a las almas hacia las cumbres del heroísmo?

Siempre hubo héroes, siempre los hay, en paz y en guerra; siempre hay individualidades superiores, aisladas, capaces de sacrificio, dispuestas a arrostrar la muerte en un laboratorio o en un hospital. Pero ¡la masa!, la masa humana que vive una vida ramplona, mediocre, enfocada hacia los intereses y los placeres inmediatos; esa, hasta hoy, sólo en la guerra siente pasar sobre las frentes vientos de heroísmo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Pensemos en el hombre vulgar, en el hombre de tipo medio. Veámoslo en los países beligerantes abandonar su trabajo, olvidar a su familia, sus intereses, sus comodidades y correr al campo de batalla para entregar esa misma vida que antes cuidaba con tanto regalo y tanto egoísmo.

No sólo el hombre. A su lado está la mujer, sustituyéndole en las ocupaciones y reemplazándole en los empleos que deja vacantes; educando a los hijos en ese amor exaltado a la patria, como si no contenta con haber sacrificado una generación, preparara estoicamente el sacrificio de otra; soportando con admirable entereza la pérdida de los seres más queridos; mitigando en los hospitales los sufrimientos y amarguras y cayendo de rodillas, como una estatua del dolor humano, junto al lecho de los moribundos.

No quisiera que mis palabras fuesen

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mal interpretadas. Pienso que la guerra, ya lo he dicho, es esencialmente mala. Se basa en el odio, en la incomprensión de unos pueblos con respecto a los otros. La guerra destruye aquel sentimiento de unidad humana, comunidad universal que a todo espíritu moderno le hacía recordar las palabras de Marco Aurelio: Yo tengo dos patrias: como Antonino, Roma; como hombre, el mundo.

Pero creo también que mientras la humanidad arrastre habitualmente una vida mezquina, baja, obscura, y sea la guerra la que viene a sacarla de ese marasmo; mientras sean los marciales clarines los que representen el llamamiento al heroísmo, la guerra será inevitable, la guerra será necesaria, porque sin heroísmo la humanidad no puede vivir.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LAS CUMBRES

En los comienzos de la guerra, un ministro inglés muy popular, nada militarista, pronunció un discurso famoso que casi todos habréis leído, y que termina con estas frases: «¿Puedo deciros en una sencilla parábola lo que pienso que la guerra significa? Conozco un valle en Gales, entre las montañas y el mar. Es un hermoso valle, abrigado, cómodo, defendido por los montes de todos los vientos desagradables. Pero es muy enervante, y recuerdo que los muchachos tenían la costumbre de subir a la colina que domina la aldea para contemplar las grandes monta-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ñas en la lejanía y para sentirse estimulados y refrescados por las brisas que bajaban de las cumbres y por el espectáculo de su grandeza. Durante generaciones hemos estado viviendo en un valle cerrado. Hemos sido demasiado cómodos, demasiado indulgentes, muchos quizás demasiado egoístas, hasta que la ruda mano del destino nos ha castigado elevándonos a una altura donde podemos ver las grandes cosas eternas que importan a una nación, los grandes picos que habíamos olvidado: el Honor, el Deber, el Patriotismo, y envuelta en un blanco deslumbrante, la gran cima del Sacrificio señalando al cielo como un dedo rugoso. Descenderemos de nuevo al valle; pero en tanto vivan los hombres y mujeres de esta generación, llevarán en sus corazones la imagen de esas altas cumbres, cuyos fundamentos no se han conmovido, aunque

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Europa oscila y se tambalea en las convulsiones de una gran guerra.»

Mientras eso pueda decirse, y pueda decirse con fundamento [1], la humanidad

[1] Lo mismo en Inglaterra que en las demás naciones. He aquí, para Alemania, unas palabras de Sudermann en el prólogo a un volumen de obras dramáticas escrito con fecha de 11 de Agosto de 1914 y reproducido por varios periódicos:

«La paz había hecho de los hombres una muchedumbre odiosa. Hombres y partidos luchaban ferozmente unos contra otros, y pasar por encima de cadáveres era casi como ir de paseo. Los ricos hacían mal uso del dinero. La religión del Yo era la dominante, y su mensajero, un profeta. La sagrada verdad del poeta se había nublado y los artistas llegaban a la fama merced a la bufonería. Las muchachas, en la calle, prestaban fácilmente atención a cualquiera y el adulterio parecía un pasatiempo. Así eran los alemanes. ¿Qué son ahora? Ahora están ungidos por el Señor y cada hombre armado caballero se halla pronto a morir. Ya no hay ricos ni pobres; desaparecidas clases y castas, todos son iguales en fuerza, y aun creen en Dios. Son hermanos y hermanas, unidos en el espíritu, unidos en la carne, dados ayer a los frívolos galanteos, castos hoy de ojos y de corazón. Desaparecida la discordia, la envidia calla; de todas las venas quiere verterse la sangre. Sólo alienta el deseo de sacrificar lo que se es y lo que se ama y vivir tres veces para poder morir otras tres. Un milagro ha acaecido. Lo ha hecho el peligro.»

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que, aunque no lo parezca, ama el sacrificio, buscará esa cima entre las tempestades bélicas, y mucho me temo, mucho, que la guerra no desaparezca.

Es preciso, cualquiera que sea el camino, llegar a esas altas cumbres. Cierto es que hay otras sendas que no son las del odio y la hostilidad: hay los caminos del conocimiento y del amor. Pero sería preciso enseñar esos caminos a la juventud y a la humanidad, hallando un tipo de educación heroica, de vida heroica, que canalizara en el sentido de las obras de la paz todo el inmenso caudal de energías y entusiasmos que hoy se pierde en los horrores de la guerra.

Sería preciso suscitar el advenimiento de una generación de héroes, capaz de luchar abnegadamente con el mismo ardor inextinguible que si los enemigos estuviesen dentro del suelo nacional,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mientras en él hubiera una mejora que realizar, una obra de cultura que promover, una lágrima que enjugar, una iniquidad que reparar, porque la injusticia y la ignorancia son enemigos que infestan y deshonran el suelo de la patria.

Estoy convencido de que contra la guerra no serán eficaces las reflexiones de un pacifismo blando que presente frente a ella, como ideal, una existencia fácil, cómoda y estrechamente utilitaria. La guerra no será vencida, sino por algo más fuerte que la guerra.

Cumple principalmente a la juventud abrir los caminos de ese nuevo pacifismo heroico. La juventud entrando en la vida, resuelta, generosa, inflamada de ideales, escucha, como si a ella fueran dirigidas, aquellas palabras que el poeta Tennyson consagra a los caballeros del Rey Arturo: ¡Legión gloriosa, flor de la humanidad,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nacida para servir de ejemplo a los poderosos y ser el principio puro de una época nueva!

Tiene la juventud española deberes muy especiales, deberes muy urgentes que cumplir. España está en paz; afortunadamente, está en paz. ¡Ojalá lo esté siempre! Pero no nos envanezcamos demasiado, ni miremos por ello a las naciones que hoy se encuentran en guerra, con aires de conmiseración y de superioridad, menos aún de desdén y de burla. ¡Ah!, estas naciones que en la férrea escuela de la guerra se están educando y purificando, constituyen para nosotros una advertencia, quizá un peligro. Tendremos que vivir mañana, jóvenes españoles, rodeados de pueblos que, en la lucha, habrán elevado hasta el último límite sus virtudes y su patriotismo. Preciso es que nosotros, aprovechando previsoramente la paz de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que gozamos, nos esforcemos en trabajar como si estuviéramos en guerra, con la misma fe, con la misma constancia, con la misma idealidad, con el mismo espíritu de abnegación y de heroísmo que si estuviéramos en guerra, fomentando la riqueza y la cultura del país, haciendo una España nueva que pueda incorporarse mañana a esa nueva Europa cuyos cimientos, amasados con sangre, se están ahora echando a lo largo de las trincheras.

Y así como esos pueblos beligerantes, por encima de sus sectas y partidos, han establecido una unión sagrada, establezcamos también nosotros la unión sagrada de las voluntades y los corazones, sin renegar de las cosas que nos dividen, que deben dividirnos, pero reconociendo que más altas que esas tendencias individuales o de grupo, están aquellos grandes principios y sentimien-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tos en que todos podemos encontrarnos y coincidir.

Creedme, nunca los hombres de una misma generación, de una misma tierra, son tan distintos unos de otros como quizás ellos mismos se figuran. Viéndolos desde lejos, la posteridad proyecta luego sobre todos una nota común, un carácter común. Anticipémonos nosotros a la conciencia de esta comunidad: trabajemos unidos, no porque cesen nuestras polémicas, que son necesarias, que son tal vez santas, sino porque sobre ellas formemos entre todos un noble ambiente de concordia nacional, colaborando unánimes, con espíritu de transigencia y de tolerancia, a la reconstitución de nuestro país y a la renovación de la cultura española.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

INDICE

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Pags.

I

«Lo bello es difícil»..... 15
No freno, sino estímulos superiores..... 18
Plan de estas conferencias..... 25
La ciencia es árida..... 29
Camino de la luz..... 36
Estudiantes y estudiosos..... 39
Dificultades..... 45
Los profesores..... 48
Los años decisivos..... 55

II

Palabras preliminares..... 63
El sentimiento..... 66
«Mi corazón lo tengo yo solo»..... 68
Fortaleza..... 69
La simpatía..... 77
Sobre todas las cosas..... 79
En la cripta..... 84
¡Cosas de la mocedad!..... 87
La amiga y la amada..... 92

III

¿Dónde tienen sus cuernos las vacas?..... 101
Obrar según el pensamiento..... 104
El deber de la acción..... 107

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Págs.

¡He perdido mi juventud!..... 111
Religiosidad..... 116
La crisis de la familia..... 122
La guerra..... 127
Heroísmo..... 134
Las cumbres..... 138

(c) Instituto Cervantes de Madrid

PUBLICACIONES DE LA
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Estas publicaciones responden a la necesidad de buscar una expresión de la actividad espiritual que en la Residencia y en torno de ella se ha ido desenvolviendo. Los varios modos en que va cuajando esta actividad, estarán representados en diferentes series de libros. No se trata, pues, tan sólo, de dar publicidad a los trabajos de los Residentes, primeros frutos de su formación científica, sino de recoger también otras producciones que han nacido al contacto de la Residencia con el ambiente ideal exterior. La obra nuestra ha sabido atraer la atención y el apoyo moral de literatos, científicos y políticos, que trabajan unidos a nuestro lado, como si se tratase de una obra propia; y este núcleo formado en torno de la Residencia se ha dispuesto con devoción y con entusiasmo a sembrar en ella y desde ella, en la juventud española, los ideales de la Patria futura. En fin, la continuidad de nuestra labor educacional nos lleva a perpetuar en nuestras publicaciones momentos ejemplares de la cultura universal y de la vida nacional, para todo lo cual encontraremos cauce en las actuales series y en otras nuevas, que a su tiempo saldrán a luz.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Serie I. Cuadernos de trabajo:

Con estos cuadernos de investigación, quisiera la Residencia contribuir a la labor científica española.

1. El sacrificio de la misa, por gonzalo de berceo. Edición de *Antonio G. Solalinde*. (Publicado.) 1,50 ptas.
2. Constituciones baiulie mirabeti (1328). Edición de *Galo Sánchez*. (Publicado.) 1,50 ptas.
3. Un profesor español del siglo xvi: juan lorenzo palmireno, por *Miguel Artigas*.
4. Baquilides. Traducción del griego, por *Pedro Bosch y Gimpera*.
5. El renacimiento en españa. Introducción metódica, por *Federico de Onís*.

Serie II. Ensayos:

Componen esta serie trabajos originales que, aun versando sobre temas concretos de arte, historia, ética, literatura, etc., tienden a expresar una ideología de amplio interés, en forma cálida y personal.

1. Meditaciones del quijote. Meditación preliminar y Meditación primera, por *J. Ortega y Gasset*. (Publicado.) 3 ptas.
2. Al margen de los clásicos, por *Azorín*. (Publicado.) 3,50 ptas.
3. El protectorado francés en marruecos y sus enseñanzas para la acción española, por *Manuel González Hontoria*. (Publicado.) 4 ptas.
4. El licenciado vidriera, visto por *Azorín*. (Publicado.) 3 ptas.
5. Ensayos. Tomo i, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
6. Un pueblecito, por *Azorín*. (Publicado.) 3 ptas.
7. Ensayos. Tomo ii, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
8. La edad heroica, por *Luis de Zulueta*. (Publicado.) 2,50 ptas.
9. Diccionario filosófico portátil, por *Eugenio d'Ors*.
10. La universidad española, por *Federico de Onís*.
11. El arte español, por *Manuel B. Cossío*.
12. Meditación del escorial, por *J. Ortega y Gasset*.
13. La epopeya castellana, por *Ramón Menéndez Pidal*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

14. El derecho internacional en la guerra grande, por *Gabriel Maura.*
15. Meditaciones del Quijote. Meditación segunda y Meditación tercera, por *J. Ortega y Gasset.*

Y otros de la Condesa de Pardo Bazán, Pío Baroja, Gabriel Alomar, Nicolás Achúcarro, Pedro Dorado Montero, etc.

Serie III. Biografías:

Para promover viriles entusiasmos, nada como las vidas heroicas de hombres ilustres, exaltadas por espíritus gemelos. Esta serie consta de ejemplares biografías, cuya traducción se ha confiado a escritores competentes.

1. Vida de Beethoven, por *Romain Rolland.* Traducción de *Juan Ramón Jiménez.* (Publicado.) 3,50 ptas.
2. Vida de Miguel Ángel, por *Romain Rolland.* Traducción de *Juan Ramón Jiménez.*
3. Vida de Tolstoy, por *Romain Rolland.* Traducción de *Juan Ramón Jiménez.*
4. Vida de Napoleón, por *Stendhal.* Traducción de *Antonio Machado.*
5. Vida de Carlos XII, por *Voltaire.* Traducción de *E. Díez-Canedo.*
6. Ficción y Realidad (Dichtung und Wahrheit), por *J. W. Goethe.* Traducción de *Ramón María Tenreiro.*

Serie IV. Varia:

La Residencia se propone perpetuar, con esta serie, la eficacia de toda manifestación espiritual (lecturas, jiras, conferencias, conmemoraciones), que impulse la nueva España hacia un ideal puro, abierto y definido.

1. De la amistad y del diálogo. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Eugenio d'Ors.* (Agotado.)
2. Jean Sébastien Bach, auteur comique. Conférence faite à la Residencia de Estudiantes par *M. André Pirro.* (Publicado.) 1,50 ptas.
3. Aprendizaje y heroísmo. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Eugenio d'Ors.* (Publicado.) 2 ptas.
4. Fiesta de Aranjuez, en honor de Azorín. Discursos, poesías y cartas. (Publicado.) 1,50 ptas.
5. Disciplina y rebeldía. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes, por *Federico de Onís.* (Publicado.) 1 pta.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

EL SACRIFICIO DE LA MISA

POR

GONZALO DE BERCEO

EDICIÓN DE

ANTONIO G. SOLALINDE

Precio: 1,50 ptas.

DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO

LECTURA DADA

EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

POR

EUGENIO D'ORS

Agotada.

MEDITACIONES DEL QUIJOTE

POR

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

MEDITACIÓN PRELIMINAR
MEDITACIÓN PRIMERA

Precio: 3 ptas.

JEAN SÉBASTIEN BACH, AUTEUR COMIQUE

CONFÉRENCE FAITE

A LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

PAR

M. ANDRÉ PIRRO

Precio: 1,50 ptas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS

POR

AZORÍN

Precio: 3,50 ptas.

EL PROTECTORADO FRANCÉS EN MARRUECOS Y SUS ENSEÑANZAS PARA LA ACCIÓN ESPAÑOLA

POR

MANUEL GONZÁLEZ HONTORIA

Precio: 4 ptas.

APRENDIZAJE Y HEROÍSMO

LECTURA DADA

EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

POR

EUGENIO D'ORS

Precio: 2 ptas.

FIESTA DE ARANJUEZ

EN HONOR DE

AZORÍN

DISCURSOS, POESÍAS Y CARTAS

Precio: 1,50 ptas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

CONSTITUCIONES BAIULIE MIRABETI

EDICIÓN DE

GALO SÁNCHEZ

Precio: 1,50 ptas.

EL LICENCIADO VIDRIERA

VISTO POR

AZORÍN

Precio: 3 ptas.

DISCIPLINA Y REBELDÍA

POR

FEDERICO DE ONÍS

Precio: 1 pta.

VIDA DE BEETHOVEN

POR

ROMAIN ROLLAND

TRADUCCIÓN DE

JUAN R. JIMÉNEZ

Precio: 3,50 ptas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ENSAYOS

TOMO I

POR

M. DE UNAMUNO

Precio: 3 ptas.

UN PUEBLECITO

POR

AZORÍN

Precio: 3 ptas.

ENSAYOS

TOMO II

POR

M. DE UNAMUNO

Precio: 3 ptas.

LA EDAD HEROICA

POR

LUIS DE ZULUETA

Precio: 2,50 ptas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

PROSPECTO

DE LA

RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

(NO SE VENDE)

SE ENVÍA A QUIEN LO SOLICITE DEL PRESIDENTE DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES CALLE DEL PINAR • MADRID

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ESTE LIBRO

SE ACABÓ DE IMPRIMIR

EN EL EST. TIPOGRÁFICO DE FORTANET

EN MADRID

EL DÍA 19 DE MAYO

DE 1916

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

PUBLICACIONES DE LA
RESIDENCIA DE
ESTUDIANTES: MADRID

ADMINISTRACIÓN

CALLE DEL PINAR

P. 50 PTAS.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

L. DE ZULUETA